

# LA FUERZA DE ESTA VOZ

Daniel Rivera

Textos

Elizabeth Builes

Ilustraciones







# LA FUERZA DE ESTA VOZ

Daniel Rivera  
Textos

Elizabeth Builes  
Ilustraciones

LA FUERZA DE ESTA VOZ

© 2021, del texto: Daniel Rivera

© 2021, de las ilustraciones: Elizabeth Builes

© 2021, de la edición: Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición

Carrera 9 # 12C-10 · info@comisiondelaverdad.co

Bogotá, D.C. - Colombia

#### COMISIÓN DE LA VERDAD

##### PRESIDENTE

Francisco José de Roux

##### DIRECTORA DE TERRITORIOS

Tania Rodríguez Triana

##### EQUIPO EDITOR Y CREATIVO

Luisa Orozco Barrios

Andrés Riveros Pardo

##### TEXTOS

Daniel Rivera

##### ILUSTRACIONES

Elizabeth Builes

##### COORDINACIÓN EDITORIAL Y DISEÑO

Tragaluz editores S. A. S.

##### IMPRESIÓN

Marquillas S. A

ISBN 978-958-53874-1-6

Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.



# CONTENIDO

PRÓLOGO .....	5
AMAZONÍA.....	8
CARIBE.....	16
CENTRO.....	26
MAGDALENA MEDIO.....	34
NARIÑO Y SUR DEL CAUCA.....	42
NOROCCIDENTE.....	50
NORORIENTE.....	58
ORINOQUÍA.....	66
PACÍFICO.....	74
VALLE Y NORTE DEL CAUCA.....	84
DINÁMICAS URBANAS.....	94

## PRÓLOGO

**Los territorios son siempre disímiles.** Entre las diversas formas de afrontar la violencia y el duelo encontramos algo común: la insistencia –casi la terquedad– en la necesidad de transformar la realidad. Se trata de la convicción de que es posible un mundo más justo, incluyente, participativo y sin violencia. A pesar del dolor, en los ojos y las acciones de la gente de las regiones hemos visto la esperanza en que la paz algún día nos encuentre.

En tres años de trabajo de la Comisión de la Verdad, nuestros equipos y nosotros mismos, los comisionados, hemos recorrido el país. Hemos sido testigos, en los largos y a veces difíciles caminos, de la vida de la gente, de la forma como se relacionan con el territorio y, por supuesto, de sus historias de vida hechas testimonio: historias que retratan la guerra y su devastación, pero que también cuentan la reconstrucción que el acuerdo de paz ha hecho posible. Historias de resistencia y esfuerzos colectivos que buscan que la paz se quede.

Los recorridos por el país y los espacios de escucha y diálogo que llevaron a cabo nuestros equipos territoriales han hecho evidente para nosotros la verdad de un país herido, adolorido por la guerra y que, sin embargo, no se rinde en la búsqueda de la paz. En muchos de los encuentros y las

conversaciones sostenidas emergieron relatos de resistencia, historias que nos contaron con dolores en el alma, tan profundos como lo es la pérdida de la familia; y con la fuerza del amor que no desaparece a pesar de la muerte. Como colombianas y colombianos hemos encontrado formas de levantarnos, y de rescatar la propia dignidad, para buscar al desaparecido, para pedir justicia, para exigir la libertad de un ser querido secuestrado, para luchar sin descanso por recuperar la tierra despojada o para reconstruir la vida en el exilio.

Este libro es un homenaje a la historia de millones de colombianos y colombianas que se niegan a convivir con la violencia y que han encontrado en el perdón, y en el encuentro honesto con los responsables del daño y el dolor, el camino hacia la reconstrucción de las relaciones rotas por la guerra; un camino para sanar. La escucha de todas estas experiencias y el reconocimiento de estos dolores y luchas como propios nos devuelven la grandeza de ser seres humanos y nos sacan de la crisis ética en la que nos sumió esta guerra entre hermanos.

En este libro encontrarán historias narradas por sus protagonistas, cuidadosamente tratadas por nuestro equipo territorial. Estas narraciones fueron escuchadas a lo largo y ancho del territorio nacional y son parte de la vida de hombres y mujeres del campo colombiano, muchos campesinos, otros indígenas o afrodescendientes, uno de ellos homosexual, y otra de ellas mujer transgénero: toda, población vulnerable por la desprotección del Estado cuando el campo, las veredas y los corregimientos se volvieron territorios de guerra, en los cuales la inmensa mayoría de los muertos fueron civiles.

Esta es *La fuerza de esta voz*: la historia de vida de las personas que habitan los territorios recorridos por la Comisión de la Verdad con la intención de comprender el conflicto armado colombiano. Es la fuerza de su dolor, sus luchas y sus sueños. Compartir con el país lo que hemos escuchado es

una forma de agradecer a quienes con generosidad nos brindaron su testimonio. Escucharnos, como país, es el primer paso para reconocernos, y reconocer a las víctimas, su dolor y su resistencia, y asumir juntos el compromiso de la no repetición de la guerra del conflicto armado interno: el compromiso de la paz grande.

**Francisco de Roux**

*Presidente de la Comisión para el Esclarecimiento  
de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición*

//

La división por regiones presentada en este libro es una propuesta de espacialización que nos permitió recoger las necesidades y características económicas, culturales y sociales de los territorios y las comunidades, para reconocer su heterogeneidad y las condiciones particulares que inciden en la conformación del Estado y el desarrollo del conflicto. Esto con el propósito de lograr una comprensión de las dinámicas regionales en cuanto al tipo de afectaciones, los movimientos a favor de la resistencia y, finalmente, de las causas y los factores de persistencia de la violencia.

# AMAZONÍA



## MILÁN, CAQUETÁ

Nací y fui criada en el resguardo indígena de Agua Negra, en Milán. El resguardo queda bajando por el río Orteguaza y está conformado por cuatro comunidades: San Rafael, Santa Rosa, San Francisco y Estrella; cada una tiene su comité de cacicazgo. Entre todos se organiza el trabajo para que las cuatro comunidades se vinculen y participen, tanto los niños y jóvenes, como los mayores. Es un trabajo muy lindo.

Recuerdo que a mis cinco años ya conocía todo el resguardo. Recorrí la comunidad y vi que en esa época aún tenía bosques, árboles y animales, teníamos cultivos, había cacería; lo que nos facilitaba el sustento familiar. Había abundancia de pesca y frutas silvestres.

Ya terminando mi primaria, a mi hermano mayor —que era docente porque él terminó un curso del Sena, por allá en Villavicencio—, lo nombraron docente de primaria porque era la única persona que estaba preparada. Las autoridades vieron la necesidad de formar también en bachillerato y así se hizo.

Fue cuando yo tenía diecisiete o dieciocho años que empezaron algunas familias a tener coca sembrada... O sea, ya tenían coca, pero para el consumo; para las conversaciones entre las comunidades indígenas se usa mucho, se mezcla con polvo de yarumo y uno mambea. El caso es que los mismos indígenas, las mismas personas de la comunidad, vendían a los colonos la semilla, porque

llegaron muchas personas del interior, de Antioquia, de la costa, y nos compraban la semilla muy barata. Para nosotros la semilla era algo completamente normal, no tenía ningún precio, pero la gente se dio cuenta de que podía significar plata. Ahí empezó a cambiar nuestra forma de vivir.

En esa época, que eran los años ochenta, para movilizarse, los jóvenes compraban motores, deslizadores, equipo. Cada uno buscaba la manera de cambiar la forma de organización y comenzó a disolverse la autoridad. Entonces se escuchó que el M-19 venía. Ya los líderes decidieron organizarse para evitar que esa gente entrara. Luego llegaron las Farc. Pues, a mi manera de entender, no había diferencia entre el M-19 y las Farc. Llegaban más directamente a entrar a la comunidad, a invitar a la autoridad a que asistiera a las reuniones. Ahí empezaron los jóvenes a vincularse y ellos mismos a reclutarlos, pero las autoridades se opusieron porque era traer una guerra al interior de las comunidades. Algunos se quisieron vincular porque era una manera de conocer otras cosas, de tener un arma, un uniforme. Así, los jóvenes hombres se vincularon a ese movimiento.

También empezó a entrar la fumigación haciendo daño a los cultivos. Entonces, se organizó más la guardia, la autoridad para la defensa del territorio, porque entraban avionetas alrededor del resguardo. Por ejemplo, en San Luis había una pista y aquí al lado también. Había líderes muy fuertes y los empezaron a amenazar. Y en el año 1997, empezaron a asesinar. Primero mataban a uno y a los ocho días a otro y así, hasta que sucedió la masacre en el resguardo de San Luis, Caquetá. Eso fue el 25 de julio de 1997. Fue una época muy dura, hasta que llegaron a asesinar al papá de mis hijos.

Las Farc entraron, preguntaron con listado en mano cómo se llamaba la gente y entonces iban sacando. Iban sacando y amarraban con cuerdas y hacían una fila de las personas amarradas. Mi prima salió a reclamar que por qué se los llevaban y la amenazaron con que también la mataban. Los obligaron a acostarse, eran siete compañeros. Ahí estaba el papá de mis hijos y entonces ya, como que



dijeron: «Voltee para allá», y en ese momento les dispararon una ráfaga. Todos quedaron destrozados, sin cabeza, sin brazos. Eso fue muy duro. Mi esposo era docente y líder de la comunidad también.

## TERRITORIO KOREBAJU, CAQUETÁ

**El clan Pacho Bajé** es el más representativo del pueblo korebaju. Pero en el año setenta, la mayoría de las autoridades indígenas eran de mi clan, de los Pirangas. Me contó mi mamá que mi tatarabuelo era el chamán. Desde mi niñez he sido muy inquieto, he hecho presencia en diferentes reuniones, me sentaba a escuchar a los mayores. Cuando me gradué hice parte del comité ejecutivo del Consejo Regional Indígena del Orteguaza, Medio Caquetá (Criomc). En esa época tenía dieciocho años y me vincularon a la Organización Nacional Indígena de Colombia (Onic).

Contaban nuestros abuelos que nosotros vinimos por la frontera con Brasil. El apellido que hoy tenemos los korebaju puede ser una herencia del Brasil. Entonces, podríamos decir que ahí están los primeros territorios que habitaron los korebaju, y ahí por ese río alcanzamos a entender la historia de nuestros mayores. Ellos hablaban mucho del río Igaparaná, Paraná, todo lo que es La Chorrera y El Encanto.

Cuenta uno de los mayores que aquí hubo un profesor militar hace muchos años y daba las clases en español, aunque los niños no entendían nada. Si uno hablaba en korebaju lo castigaban, por eso a los niños no les gustaba ir a la

enaron muchas personas del inte  
a semill

ro  
uest

esli



escuela. Después llegaron los consolatatos. Ellos también obligaban a los indígenas y sobre todo a los que no se sabían santiguar. Los capuchinos fueron los que trajeron las vestimentas que tenemos los korebajus, que utilizamos como un traje típico. Fue un elemento que para nosotros fue una imposición, porque nuestro propio vestido siempre ha sido el paruma, el taparrabos. Ellos llegaron con esa túnica larga que hoy aparece como el traje típico de los korebajus.

Antes del año setenta y cinco, a nosotros nos decían que éramos salvajes, nos tenían en tres categorías en ese tiempo: salvajes, semisalvajes y civilizados, y para la Iglesia nosotros éramos salvajes. Luego empezó la reconciliación a través de la comunidad Belemitas, que llegó y entendió que la educación la tenían que compartir, no impartir. Ahí se dio un poco de entendimiento, de diálogo con los indígenas.



En 1981, se construyó una gran maloca, una gran casa, como una especie de internado, ahí era el centro de formación del pueblo korebaju. Ahí es donde queda hoy Mama Bwe. Se reconoció la presencia institucional del colegio Mama Bwe, que nosotros en ese tiempo lo llamábamos Centro de Capacitación Indígena.

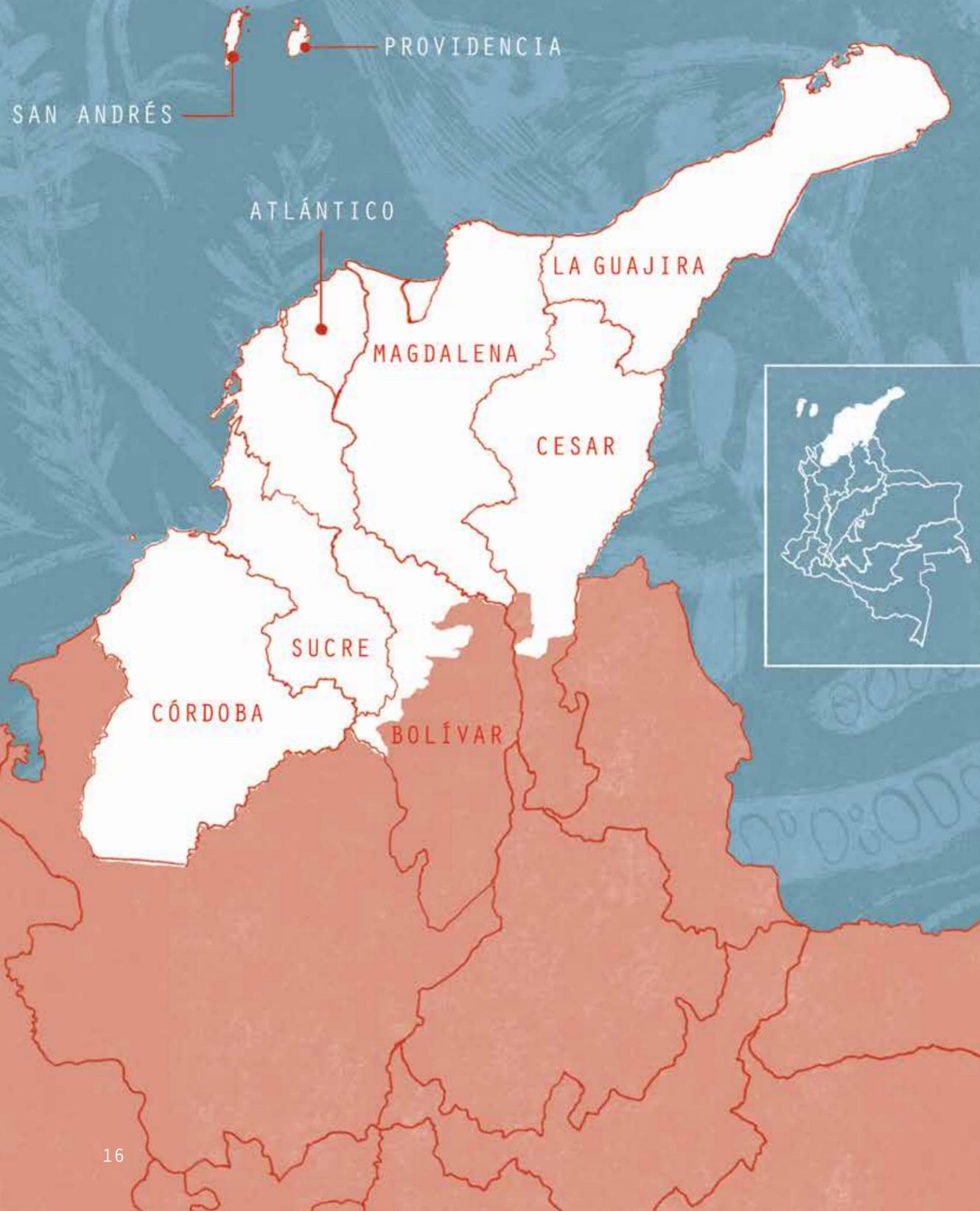
Fue al principio del colegio cuando se reconoció la educación. En medio de eso, llegó el tema del narcotráfico. En todas las comunidades iban llegando los colonos y se llevaban la mata de coca, y después aparecieron con grandes latifundios de coca, cantidades de hectáreas. Ese fue en principio el robo que hicieron a los korebajus para llevarse toda esa mata de coca y abrir hectáreas de coca en las fincas vecinas.

Por esa misma época, más o menos, empezó a surgir el M-19 dentro del territorio korebaju, todo lo que era Milán, Solano y gran parte del Caquetá estaba organizado a través de ese grupo armado. Ellos empezaron a organizarse en la región, a reclutar jóvenes para vincularlos a las filas guerrilleras. Llegaban a las comunidades, hacían reuniones con nosotros y ahí empecé a conocer al grupo armado. Recuerdo muy

bien, porque ya estaba joven, de doce años. Una tarde llegó un avión grande y pasó por encima de los resguardos, por toda la orilla del río Orteguaza, y como a las seis y media de la tarde ese avión explotó. Un tremendo ruido en esa región y nadie sabía qué era lo que había pasado. Como vieron pasar un avión, dijeron: «Se cayó ese avión». Muchos fueron a ayudar a sacar lo que traía el avión, pero no decían que traía armas sino mercado, entonces la gente salió a ayudar y todo ese mercado eran fusiles y armamento del M-19. Ahí empezaron los primeros conflictos de esa época, las primeras violaciones de derechos humanos. Todo porque el pueblo korebaju se involucró en sacar ese cargamento.

En el ochenta y siete, más o menos, llegó las Farc a este territorio. La metodología que utilizaron para llegar a las comunidades fue tajante, al que no quería escuchar lo iban asesinando, entonces esa presencia para nosotros fue un tiempo oscuro, de muerte.

# CARIBE



## SAN PEDRO, SUCRE

**Mi papá me contaba que la moneda** no funcionaba, todo era trueque: gallina por queso, cerdo por burro. Él siempre me habló de esa crisis. Decía que, cuando yo nací, la partera dijo, como de costumbre cuando los niños nacían y no lloraban inmediatamente, que era un mal síntoma, como de bronquios, de que no estaba con buena salud. Entonces, me cogió por los pies así, con la cabeza hacia abajo, y me dio unas nalgadas y claro, ahí sí me puse eléctrico... Y reaccioné, lloré, grité, y las palabras de ella fueron: «Naciste en una época muy difícil, tienes que ponerte pilas». Es decir, la partera reflejaba un poco las condiciones que se estaban viviendo.

Flor del Monte, en Sucre, era un corregimiento bastante grande y con mucho movimiento porque tenía la influencia de Ovejas, donde estaba toda la cuestión del tabaco negro. Se sembraban otras cosas, también ajonjolí y maíz, pero el maíz era más para la alimentación de los animales. Mi papá decidió, en ese período, irse muy cerca a la finca del que iba a ser su suegro, entre Ovejas y El Carmen.

Él se casó con mi mamá, hija de ese campesino rico que tenía setecientas hectáreas de tierras. Vivíamos en la barranca del arroyo Mancomoján que baja por acá hasta el río San Andrés. Mi papá se movía porque él era carpintero y campesino a la vez, o sea, combinaba la producción. Él era muy aficionado a la

siembra de tabaco. Había mucha tierra baldía que la gente compraba, le compraba a equis persona que era propietario y después podía extender fácilmente el predio muchas hectáreas más, el doble o el triple. Las tierras eran muy quebradas, pero de muy buena calidad.

Mi papá tuvo que vender todo para poder venir a Sincelejo, y eso en plena Violencia; el comportamiento de esos sectores políticos que decían que a toda costa tenían que tomarse el poder porque el poder era de ellos, porque sentían que les pertenecía. En El Carmen, en La Cansona, a mi padre le mataron a la familia. Él era una persona joven, pero se salvó porque no estaba en el momento en el que llegó la famosa policía chulavita, que fue una fuerza creada especialmente para perseguir a los liberales, donde estuvieran. Sincelejo y El Carmen de Bolívar eran dos ciudades señaladas siempre como fortines liberales, y por lo tanto estaban en la mira de los chulavitas.

Mi papá se vinculó a crear un sindicato agrario. Estamos hablando de 1950, más o menos. Se reunieron como ochenta campesinos, casi todos ya mayores, y se decidieron con la influencia del sastre Martín Jiménez –que llegó ahí para hacer una campaña sindical y hacía parte de la CGT (Confederación General del Trabajo)–. Yo me hice amigo de él porque me gustaba la sastrería en ese momento y terminé acompañándolo a hacer la campaña del sindicato. En la primera reunión fueron muchas personas mayores, ahí estaba mi papá, y se iba a elegir secretario y no sabían a quién, hasta que mi papá dijo que fuera yo porque sabía leer y escribir. En ese entonces tenía dieciséis años.

Duré un año ahí. Con el tiempo compramos una tierra con el Instituto Tabacalero, que era el sindicato. Esa finca o esa tierra se llama hasta el día de hoy Los Borrachos de San Pedro. Eso quiere decir que la primera experiencia de reforma agraria en las antiguas sabanas de Bolívar fue con el Instituto Tabacalero. A partir de eso, el sindicato prácticamente se dividió porque eran

ochenta socios y la tierra no alcanzó sino para cuarenta, es decir, cometieron el error de no medir. Yo no estuve porque me fui a prestar servicio militar.

Durante seis o siete años viví en Puerto Boyacá, allá me casé. La violencia fue muy dura porque llegaban desplazados desde la zona cafetera y se ubicaban selva adentro. Esos campesinos se armaron para defender su territorio, lo defendían porque lo estaban colonizando. Se convirtió en un territorio famoso, se llamaba Vásquez, un fortín liberal. Eso se volvió un emporio de trabajo, de producción de maíz.

Por allá me quedé un tiempo, pero regresé a San Pedro y ahí sí empezó la cuestión de la organización campesina. Vinieron del Ministerio de Agricultura y unos promotores de Puerto Rico, Costa Rica, Chile. Una semana estuvimos cincuenta personas concentradas hablando de organización, de los problemas sociales, del campesinado, y cuando terminó el evento vino el gobernador de Sucre, Apolinar Díaz, e instaló la primera Asociación de Usuarios Campesinos de Sucre. El Gobierno había escogido dos departamentos: uno rico y otro extremadamente pobre: Valle del Cauca y Sucre. Y bueno, entonces la primera asociación fue la de San Pedro.

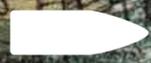
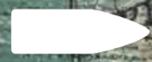




...mía  
...en el  
...mente  
...ven...  
...ato esta  
...do de 1,5  
...ores,  
...para

...or  
...era el sindicat  
...s

...dividió porqu



Tuvimos muchas luchas. El Incora (Instituto Colombiano de la Reforma Agraria) quería intervenir las tierras, pero nosotros protestamos. Vinieron gobiernos, leyes, gente que quería que nos organizáramos, otros que no querían. Los terratenientes crearon ejércitos para perseguirnos, mataron gente. Hubo toda clase de amenazas y de ataques. Cogían a la gente, les quemaban los pies y todo lo que podían hacer los terratenientes para infundir el miedo en el campesinado, que nadie se atreviera a organizarse y a participar. Desde entonces, hemos tenido muchas violencias que ya se saben, pero hemos persistido.

//

La Asociación Nacional de Usuarios Campesinos de Colombia (Anuc) se creó por medio de la Resolución 061 de mayo de 1967 del Ministerio de Agricultura, y del Decreto 755 de 1967. Su primer objetivo fue inscribir a arrendatarios y aparceros como propietarios, además de permitir acceso al Estado y a la banca.

## UN PUEBLO DE BOLÍVAR

De mi infancia extraño los juegos con mis hermanos. Extraño también a mi padre y a mi madre. Nosotros no teníamos ni siquiera un lugar para vivir, pero teníamos una familia y la naturaleza, éramos muy unidos. Eso sí: mis padres no nos daban mucho cariño, pero bueno, seguro por eso soy fuerte y me sobrepongo a las adversidades. Ellos eran agricultores, sacaban unas cosechas



buenas. A los catorce años, yo me fui a trabajar a Cartagena con una tía, y a los diecisiete años, quedé en embarazo. Me devolví. Cuando mi hija tenía como dos años, este pueblo empezó a cambiar, era como el 2002.

Por esa época, empezó a sonar que en otros pueblos estaban asesinando gente, que estaban pintando los muros con «AUC presente y prepárate que para allá vamos». Dejamos de ir a la finca y nos pasábamos todo el tiempo aquí en el pueblo. Cuando entraron aquí empezaron a pintar las paredes: «Aquí estamos y aquí nos quedamos». Era usual ver las camionetas polarizadas con gente armada atrás. Nosotros respetábamos sus órdenes, si decían que no se podía estar antes de las seis de la mañana en los caminos, no se estaba; si decían que a las cuatro de la tarde no querían a nadie afuera, no estaba nadie; si decían que nos teníamos que acostar a las siete de la noche, a las siete de la noche lo hacíamos.

El primer asesinato que tuvimos acá fue el de un líder político. Una persona que era comerciante de ganado. Lo asesinaron los paramilitares. Pues, se dice que eran ellos, porque los tenían reconocidos. En ese momento, el comandante era un tal Alberto, él reunía al pueblo y explicaba. De este señor dijeron que era un ladrón de reses, cosa que realmente nosotros nunca creímos.

Para el 5 de febrero de 2002, yo estaba trabajando en Cartagena y mi hija estaba acá al cuidado de mis papás. Mi mamá me llamó angustiada porque había toque de queda en el pueblo y ya eran las cinco de la tarde y mi hermano no había regresado. Esperamos toda la noche y no volvió. Tenía dieciséis años y había acompañado a un primo a una bomba de gasolina que estaban construyendo. El primo nos dijo que él había decidido quedarse, pero eso era muy raro. No apareció. Pusimos fotos de él, llevamos el caso a la Fiscalía y nada. El 4 de julio de ese año, en las fiestas patronales, asesinaron a mi papá con dos disparos. Los paramilitares le hicieron un letrero donde decía que lo habían matado por niño y cuatrero. Mi papá nunca tuvo ganado, era

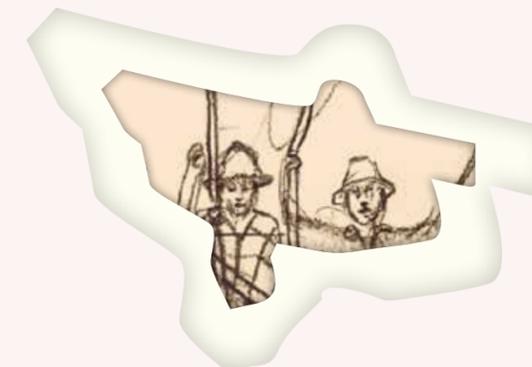
agricultor. Como nosotros sabíamos quiénes mataban acá, pues los denuncié en la Fiscalía y cómo le parece que, cuando salía de interponer la denuncia, los paramilitares ya me estaban esperando afuera. Muy triste este país. Me amenazaron, me dijeron que me iban a matar por sapa.

Me fui a vivir a Barranquilla y en 2004 vine con el papá de mi hijo menor. Aparecieron unos hombres en una camioneta y nos obligaron a subir. Me despedí de mis hijos como si fuera la última vez, ellos se quedaron con una amiga con la que estábamos tomando jugo. En el carro me dijeron que yo era una sapa y a mi pareja le dijeron que era un informante. Nos sacaron del pueblo y a él lo bajaron y se lo llevaron más lejos en otro carro; a mí me violaron dos hombres. Cuando terminaron, me tiraron del carro y me arrojaron la ropa, me dijeron que me perdiera y que con mi pareja necesitaban hablar. Yo regresé donde mi amiga a la una de la mañana y al otro día apareció muerta mi pareja. El periódico reseñó que lo habían matado unos desconocidos dizque por robarse una moto. O sea, ¿en qué país vivimos?, ¿en dónde estamos? Yo vi cuando se lo llevaron en una camioneta.

Con los años, ¿cómo iba a ir a la Fiscalía si ya sabía que eran corruptos? Empecé un proceso con Justicia y Paz. Ahí fue que me enteré de un comandante paramilitar al que no conocía, quien dijo que a mi hermano lo mataron el mismo día que salió del pueblo supuestamente porque robaba gallinas. Ese mismo día lo tiraron al dique. Luego, todo fue muy extraño: apareció un paramilitar que, según Justicia y Paz, sabía de la muerte de mi padre y de mi pareja, pero nunca se comprometió con la verdad. Hasta que apareció su esposa y me dijo que él se declaraba culpable si yo le daba la plata de la indemnización, imagínese. Yo me negué y, con el paso de los años, en el 2014, me capturaron porque supuestamente mi hermana y yo habíamos ordenado los asesinatos de ellos dos. Estuvimos en la cárcel, treinta y cuatro días, después salimos. Ahora buscamos una indemnización, porque yo soy víctima de

desaparición forzada, homicidio, desplazamiento, falso positivo judicial y violación. Yo desconfío mucho de la justicia, del Estado, pero creo que ahora hay nuevas instancias como la Comisión de la Verdad o la JEP (Justicia Especial para la Paz) que me dan esperanza.

# CENTRO



## PAIME, CUNDINAMARCA

**Nací siendo lideresa, con esa facultad.** Mi padre quiso que yo estudiara Derecho porque siempre le sacaba las leyes cuando él me iba a regañar. A los diez años, ya me había leído *El capital* de Carlos Marx, pero sin entenderlo. Mi primer cargo de liderazgo fue en el Concejo, tenía diecinueve años cuando fui electa concejal en el municipio de Paime, Cundinamarca. Estudiaba Ingeniería Industrial en Bogotá cuando me eligieron. Ese municipio tenía siete concejales y mataron a cuatro. A mí la Policía me tuvo que sacar del municipio porque me iban a matar. Fue antes de empezar una sesión en el Concejo. Me encontré a un señor que me invitó a tomar un aguardiente, yo le dije que no y me respondió: «Es que le toca tomárselo porque yo vengo a matarla». Le contesté: «Ah, bueno, entonces me lo tomo». Me dijo que lo habían contratado para matarme porque yo era de izquierda, pero resulta que él conoció a mi abuelo; mi abuelo le había enseñado a trabajar y por eso me perdonó la vida. Yo renuncié al Concejo inmediatamente.

Eso eran los años ochenta, cuando Gonzalo Rodríguez Gacha tenía poder y llegó a amenazar. Él creó un grupo llamado Los Pájaros, que eran autodefensas o paramilitares. Resulta que Paime tiene una inspección municipal que se llama Tudela. Tudela queda muy cerca de la zona minera, y fue ahí donde hubo más asentamientos paramilitares. Era muy difícil sobrevivir porque yo iba a visitar a



mis padres en Paimé, y recuerdo tanto una vez que iba en el bus y de pronto sonó un disparo y la persona que estaba a mi lado se levantó por encima mío, me pisó la cabeza y

se botó por la ventana. El conductor luego paró a ver qué era lo que había pasado, a ella afortunadamente no le pasó nada. Los paramilitares bajaban a las personas de los carros y las mataban, todo porque hubo una pelea entre los mineros y los narcotraficantes de Rodríguez Gacha, y los paramilitares hacían esos retenes para matar a los que consideraban adversarios.

En mi pueblo, la mujer no estaba tan relegada como en otras partes del país. Cuando llegué a Bogotá, sentí el impacto de la discriminación contra la mujer: en cambio en mi pueblo no, porque de siete concejales cuatro éramos mujeres y teníamos liderazgo... La mujer tomaba cerveza, estaba en las fiestas, estaba en todas partes igual que los hombres, yo no veía la discriminación. Creo que por eso yo soy tan librepensadora, porque en mi pueblo había tanta libertad en todo, no había prejuicios sexuales, por poner un ejemplo. Cuando se asentaron los paramilitares todo cambió: hubo discriminación, la mujer ya era la prostituta, ya no era la mujer que participaba.

Yo hice parte todo el tiempo de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos de Colombia (Anuc), que nació en 1970, y que durante tres años se tomó fincas y se hicieron todas esas actividades por la reivindicación del territorio para poder tener acceso a la tierra: se ayudó a titular, se entregaron propiedades a campesinos que por años no tuvieron acceso a lo que habían poseído, además de que hubo proyectos productivos que dinamizaron las luchas campesinas. Pero luego apareció el narcotráfico, el paramilitarismo, el Ejército atacando y nos tocó esparcirnos. No se hizo nada sino hasta 1998, cuando nos reactivamos con los



mercados campesinos, pero no con la recuperación de la tierra. Ahora hay un nuevo renacer del movimiento campesino, quizá en algo ayudamos para los nuevos roles, para la nueva organización política.

## TUNJA, BOYACÁ

**Mi padre fue asesinado** el 3 de marzo de 2001, en una alianza entre paramilitares y hombres de la Policía y el Ejército. Toda mi vida he resistido y esa resistencia me llevó a trabajar como abogada y defensora de derechos humanos en la Corporación Colectivo de Abogados José Alvear Restrepo.

De la infancia recuerdo cómo en los años noventa las Farc se tomaba pueblos en el país. Pasca y Cabrera, en Cundinamarca, vivían tomas guerrilleras muy seguidas, muy seguidas, tanto así que yo recuerdo una muy fuerte. Eso fue un problema después para los campesinos que tenían que subir al páramo San Juan del Sumapaz, porque allá había un control absoluto de la guerrilla, y el Ejército empezó a controlar la actividad de esos campesinos, les controlaban hasta los mercados, determinaban qué podían subir y qué





...s todo cambio: hubo d  
...ujer que participaba.  
...parte todo el tiempo de  
...lombia (Anuc), que nac  
...hicieron todas esas activ  
...acceso a la tierra: se  
...que por años no tuvie  
...proyectos productivos  
...ció el narcotráfico, el pa

no podían subir. Cuando mi abuelito tenía que subir mercado para los obreros y demás, muchas veces ni siquiera le dejaban subir todo lo que él realmente necesitaba, sino que el Ejército determinaba que era mucho, que eso seguramente era para la guerrilla y no lo dejaban subir.

En Fusagasugá, donde yo vivía, no hubo tomas, pero sí presencia del narcotráfico. En 1995, yo ya estaba ayudando a coordinar la Asociación Nacional de Estudiantes de Secundaria y fuimos muy activistas y crecimos muchísimo. Recorrimos varios municipios y ya en 1998 éramos muy grandes, tanto es así



que participamos en una gran marcha que hubo de estudiantes de secundaria en 1999, de Tunja a Bogotá. Desde la región del Sumapaz fuimos un grupo muy grande. ¿Qué hacíamos? Educá-

bamos políticamente a los estudiantes, enseñábamos sobre derechos humanos, explicábamos qué era la lucha sindical, pero también íbamos mostrando conceptos importantes como la seguridad alimentaria y la titulación de tierras. El problema es que empezamos a sentir la presencia paramilitar, amenazaron a varios de los estudiantes. A uno de ellos recuerdo que lo cogieron una noche, lo golpearon durísimo.

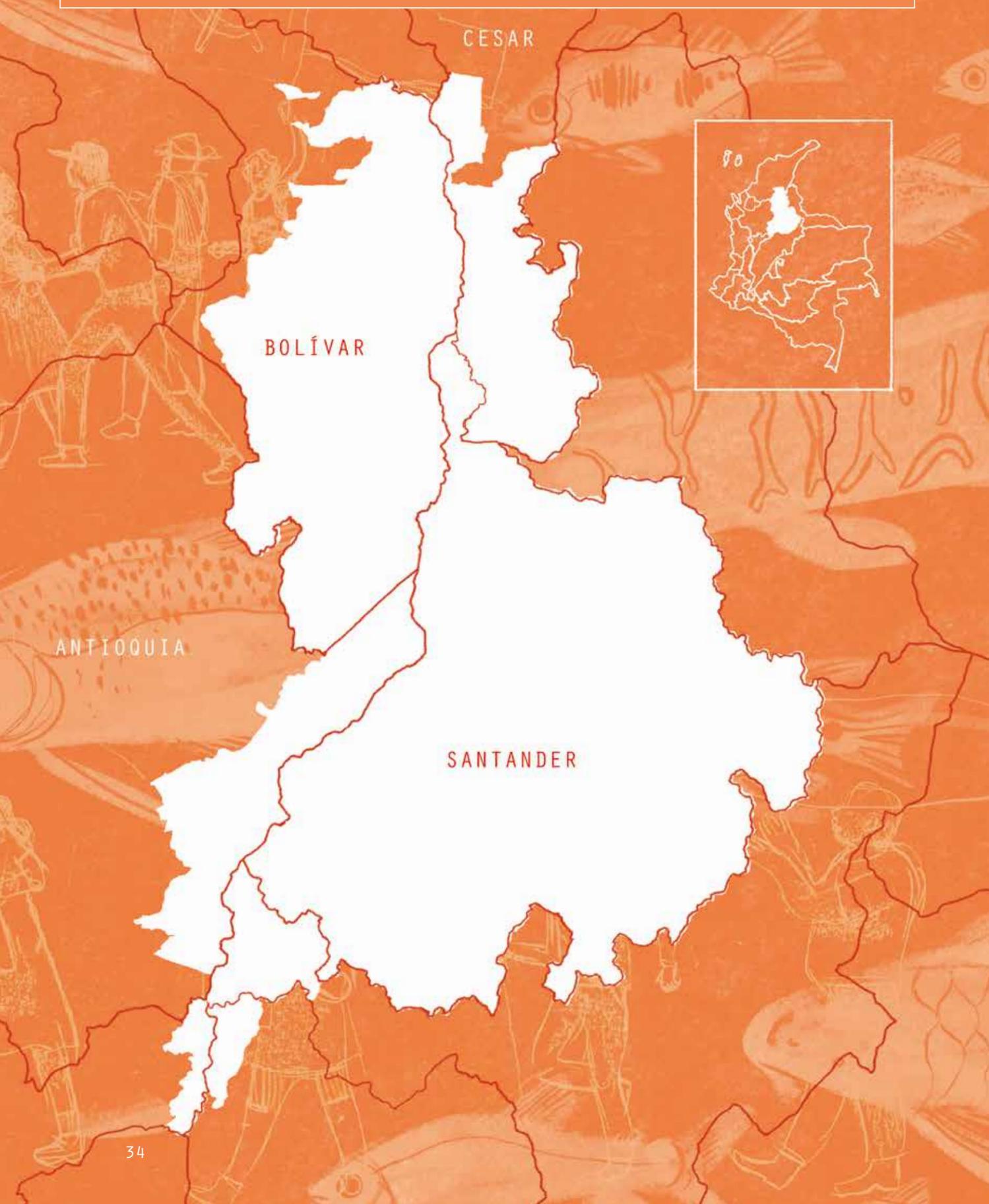
La presencia de los paramilitares empezó a ser pública más o menos en 1999, cuando ellos leyeron panfletos en las emisoras; escribían en las paredes sus amenazas en nuestra contra. Varios líderes sindicales se tuvieron que ir al exilio. Mi padre apareció en una lista de supuestos guerrilleros que tenía el Ejército, supimos porque la lista se filtró. A él lo llamaron, lo amenazaron y lo intentaron desaparecer, y se enteraron de que él se iba a ir al exilio y le dijeron que si lo hacían nos mataban a nosotros, así que se abstuvo. Yo recuerdo mucho que de pequeña rodeaban la casa, se metían por el techo y llegaban más de cien militares por las puertas, por las ventanas, por el techo, hacían allanamientos.

Cuando asesinaron a mi padre, yo di una entrevista pública y señalé a los culpables. Nos amenazaron y nos tocó irnos del pueblo. A mí me iban a matar, decían que yo dizque reclutaba muchachos para la guerrilla. Me fui, pero nunca dejé de defender la lucha sindical, la lucha obrera, y por eso sigo en esta labor.

//

La Corporación Colectivo de Abogados José Alvear Restrepo nació como parte de la labor de la Asonalpro (Asociación Nacional de Profesionales). Allí se reunieron profesionales que abogaron por los derechos humanos y el cumplimiento del derecho internacional humanitario. Su trabajo ha sido fundamental para garantizar los derechos de las víctimas a la verdad y la justicia. Su acompañamiento a colectivos que reclaman por la vulneración de derechos por parte del Estado ha sido constante y se han logrado pasos judiciales importantes, como las condenas en torno a los casos de ejecuciones extrajudiciales cometidas por el Ejército nacional en contra de civiles inocentes.

# MAGDALENA MEDIO



LA FUERZA DE ESTA VOZ

## BARRANCABERMEJA, SANTANDER

En un día como hoy, 25 de agosto, se creó Ecopetrol. Era 1951. También un día como hoy, 25 de agosto de 1977, inició la huelga, una que pasó a la historia. Hay que recordar que una lucha de los trabajadores fue la que llevó al Estado colombiano a crear una empresa que administrara el recurso petrolero. Así nació Ecopetrol, y ese es uno de los grandes logros de la Unión Sindical Obrera (USO).

Pero la justicia a veces ha actuado mal, con fines políticos. Aquí había otras petroleras, multinacionales, y desde el sindicato se adoptó una consigna: «Nacionalizar el recurso del petróleo». Desde 1983, cuando se estaba haciendo el oleoducto de Caño Limón, la organización política insurgente ELN atacó ese oleoducto. Ellos también querían que se nacionalizara el petróleo y a la Fiscalía le quedó fácil decir que todos los trabajadores éramos elenos, porque defendíamos lo mismo. No les importó que la consigna de los trabajadores llevaba ya veinte, treinta años.

A mí me metieron en problemas en 2001, tuve tres años muy difíciles porque me querían hacer pasar como guerrillero. Duré formalmente preso catorce días y con detención domiciliaria como un año y medio. El proceso duró tres años, y el día de la audiencia, la Fiscalía retiró todos los cargos porque no tenía pruebas suficientes. El procurador le dijo a la Fiscalía que eso era irresponsable, que por

eso se decía que la lucha social en Colombia estaba judicializada. Fue un falso positivo judicial porque el sindicato estaba en conflicto con la empresa y nos detuvieron a siete dirigentes sindicales para que nos defendiéramos y no atendiéramos la discusión.

//

La Unión Sindical Obrera (USO) nació en 1923. Entre sus logros se encuentran la creación de Ecopetrol —su trabajo ha sido fundamental para evitar la privatización del recurso petrolero—, y la entrega de tierras al entonces Instituto Colombiano de la Reforma Agraria (Incora) para la repartición entre campesinos, lo que terminó en la urbanización de Barrancabermeja y su organización por barrios, donde también se impulsó la puesta en marcha de un sistema de acueducto y alcantarillado.

## BUCARAMANGA, SANTANDER

Lo mío, aunque yo no era cristiana, tuvo que ver con la teología de la liberación, con el camilismo, pero esa es otra historia. Nací en Bucaramanga en 1962, y comencé la militancia política desde el colegio, un colegio que estaba cerca de la Universidad Industrial de Santander y por eso teníamos mucha influencia del movimiento social y barrial de aquella época, más o menos era el año 1975. Ahí se formaron muchos que luego fueron militantes de organizaciones de izquierda.

En la universidad yo tuve un compañero que era militante del Partido Comunista Colombiano Marxista Leninista. Ahí milité y luego me metí a un grupo de jóvenes más de influencia cristiana, yo no era cristiana, pero era un

movimiento camilista de jóvenes que hacíamos trabajo popular en los barrios. Yo ya venía de una vida de tropeles en secundaria, entonces no fue para mí algo nuevo; venía de un colegio muy tropelero y milité en el FER Sin Permiso que era el Frente Estudiantil Revolucionario Sin Permiso.

Hubo mucha represión en aquella época y encarcelamientos. De hecho, yo estuve detenida alrededor de tres veces. La mayoría de las veces fue por mi militancia. Hubo una en la que estuvimos detenidos cerca de cincuenta días, frente a eso, pues, la universidad se movilizó y finalmente salimos porque no había ningún cargo; nosotros estábamos haciendo un plantón pacífico y fuimos detenidos. A lo largo de mi vida en la universidad fui detenida varias veces, mi casa fue allanada varias veces también.



Nos torturaron. No a todos, pero a veces en la Quinta Brigada a uno lo amarraban a un palo toda la noche y al otro día no le daban ni agua. También nos encerraron en una celda oscura, pasaban a cada rato y la golpeaban. Una vez a mí me iban a pasar a la sala de tortura donde hacían la picana. En esa sala a los guerrilleros les quitaban la camisa y como la pared tenía picos, les restregaban la espalda hasta que sangraban. A mí me intentaron abusar sexualmente.



Tuve que abandonar Bucaramanga con mi compañero y mi hija en 1991, después de las marchas de mayo; nos mandaron sufragios a la casa. Todo el mundo decía: «Ustedes se van o los matan». Nos dieron veinticuatro horas para salir y nos vinimos para Bogotá. Todo el vínculo político con el territorio se perdió. Sin embargo, yo nunca perdí el interés político, y aquí seguí buscando las maneras de participar en procesos, de hacer presencia en marchas que son importantes. Creo que se trata de una sensibilidad para no dejar pasar las injusticias. Después de que uno conoce, no se puede hacer el ciego.



cr  
ia p  
y la e  
ituto Co  
para la re  
ue term

ut  
as de  
e r  
da e  
te ju  
s de  
e los m  
unicip  
Antio  
Antioquia, C

## YONDÓ, ANTIOQUIA

**Desde pequeña he estado en el campo**, haciendo todas las labores del campo, entonces claro que soy campesina. Nací en una vereda del municipio de Yondó, Antioquia. Tengo cincuenta y dos años. Cuando cumplí los dieciocho años, me fui a vivir con mi compañero, que era un líder social. Yo no era lideresa social, yo era una chica que le ayudaba a mi mamá y a mi papá en los sembrados y en la cocina. Luego me involucré con las juntas de acción comunal (JAC), hice el trabajo de organizar la vereda, pero ya en 1996 las cosas se pusieron difíciles, aunque nosotros habíamos empezado a ver surgir el paramilitarismo desde 1985. En ese momento es que me doy cuenta de que había que defender el territorio y así nació la Asociación Campesina del Valle del Río Cimitarra (ACVC). Vivimos bloqueos económicos, desplazamiento... los paramilitares querían tomarse la región y nosotros acá encerrados.

Por esa época yo me involucré mucho más en la JAC. Me convertí en tesorera. Medio aprendí a leer y a escribir, a sumar y a restar. A finales de 1996, los paramilitares quemaron la sede de la cooperativa de Puerto Ite, que es una vereda de Remedios, Antioquia. Ese era el lugar donde hacíamos trueque por nuestros alimentos, los cambiábamos por madera, por oro, por gallinas, por cerdos. Cuando nos quemaron esa cooperativa, y de paso el caserío, toda la gente se desplazó hacia las regiones más altas del río Ite. Volvieron y nos atacaron porque queríamos formar una asociación campesina.



Desde 1996 hasta el año 2000, las cosas se pusieron peores. Ataques armados de los paramilitares, asesinatos. En esa época la asociación tenía dieciocho personas que hacían parte de la junta directiva y todas tenían orden de captura. De eso supimos por los colectivos de abogados que empezaron a hacer trabajo comunitario y a enseñarnos sobre los derechos humanos, sobre cómo podíamos defender el territorio, y ahí nos dimos cuenta de que la asociación, por así decirlo, tenía orden de captura. Nos escondimos y en 2001 empezaron a asesinar a los líderes de la región. En tres años fueron Delsy Ruiz y dos personas más, uno de ellos era mi hermano. A la señora Delsy la mataron en un lugar que se llama La Marranera, aquí en Yondó. La detuvieron con su mercado y la llevaron al Magdalena, ahí la asesinaron y la tiraron al río. Días después, la comunidad la encontró.

Aquí mataron a dieciocho personas entre 2001 y 2008, cuando fue presidente Álvaro Uribe Vélez. Él le hizo mucho daño a la región y dijo públicamente que «no descansaría hasta acabar con la ACVC, porque la ACVC era un grupo armado». Decía que nosotros, como campesinos y campesinas de esta región, éramos el brazo armado de las Farc. Los ocho años del gobierno de Uribe fueron un calvario para nosotros.

//

La Asociación Campesina del Valle del Río Cimitarra (ACVC) es una de las primeras organizaciones de base que empujó la creación de las Zonas de Reserva Campesina, una figura para redistribuir la tierra. Fue fundada en 1996 y agremia a ciento veinte juntas de acción comunal veredales de los municipios de Yondó y Remedios, en Antioquia, Cantagallo y San Pablo, en Bolívar, y del corregimiento Ciénaga del Opón de Barrancabermeja, en el Magdalena Medio.

# NARIÑO Y SUR DEL CAUCA

CAUCA

NARIÑO



LA FUERZA DE ESTA VOZ

## POLICARPA, NARIÑO

Yo conocía todas estas montañas que se ven al frente de Policarpa, las andaba todas. Resulta que una noche, cuando yo era niña, eso fue como en 1996, yo tenía doce o trece años, y hubo el primer ataque guerrillero. Al comienzo, dijeron que era un hostigamiento, pero yo no entendía nada. Estábamos en la casa con toda mi familia, solo teníamos una habitación y ahí mismo estaba la cocina. Las camas eran lo único que nos dividía: una cama era de mi hermana y mía, otra era de mi otra hermana y la tercera de mi papá y mi mamá. Lo que dijo mi papá fue: «Colchones y al piso». Lo primero que escuchamos fue un sonido inmenso, inmenso, inmenso, durísimo, la gente decía que habían tirado una granada a la estación. Fue muy miedoso. Cuando yo era niña decía que quería ser guerrillera, pues uno pensaba que tener un arma era mucho, ¿no? Me enojaba con mi mamá y le decía: «Yo mejor me voy a la guerrilla». En ese tiempo era muy común y muchos amigos y amigas se fueron a la guerrilla, unos no regresaron, nunca regresaron, nunca supimos nada de ellos. El caso es que esa noche de la toma me enteré de qué eran las armas, de todo el pánico que causan; el miedo que uno siente es inmenso, todos temblábamos. Mis hermanas eran asmáticas, empezaron a estornudar, les faltaba la respiración. Al otro día, siguió la traca. Mi mamá se levantaba a hacer la comida en medio de esas balaceras. El miedo quedó en nosotras y ya no jugábamos en los potreros, no salíamos casi ni jugábamos a las pistolas.

En esos días, Policarpa se quedó solo, ahí fue donde vinieron las Farc. Aquí hacían reuniones, ¡aquí en Policarpa! Hicieron una reunión en el parque, pero no recuerdo si fue la de 2002 o fue la de 1996, esas son fechas que yo, la verdad, no alcanzo a dimensionar. Aquí ya no había estación de Policía, no había ni un solo policía, aquí no quedó nada, nada, nada. Ya la guerrilla mandaba y andaba en unas camionetas cuatro por cuatro. Me acuerdo tanto que ellos iban barrio por barrio e invitaban a la gente a unas reuniones. Yo le decía a mi mamá: «Yo no quiero ir a la reunión, yo no voy a la reunión». Me acuerdo tanto que una vez yo me subí al techo y vi a un señor con fusil que iba por las calles gritando: «Los esperamos a todos en la reunión». Yo fui la única que se quedó en la casa. Allá la guerrilla explicaba que era el Frente 29 y hablaban de ideología. Eso era lo que más o menos mi mamá me contaba, la ideología.

Después de eso entraron acá los paramilitares, porque como la guerrilla no permanecía de manera constante, pues entraron ellos. Eso tuvo que haber sido en 2002. Un día le echaron gasolina al archivo de la Alcaldía y lo quemaron. Ahí la gente sí vino con piedras e hicieron como un cordón de seguridad y dijeron que no querían más violencia. Fue el resultado del desespero y eso ayudó a que nos respetaran la vida e inmediatamente como que le bajaron a lo que estaban haciendo. Esa iniciativa ayudó. Pero ese día después de quemar el archivo salieron en unos carros y uno explotó aquí en frente; cuando eso explotó salió hartísima plata, plata regada por todos lados. Lo empezaron a apagar y después lo que salía era plata quemada, billetes. La gente cogió harta plata, decían, yo me acuerdo que tenía un billete de veinte mil pesos.

Los alcaldes mandaban desde Pasto, no venían. Ya después de que entraron los paramilitares volvió la Policía, llegaron muchos y llegaron por la noche. Esto acá era desierto, no como ahora. Lo único que aquí fue constante desde los noventa hasta los dos mil fue la coca, aquí hubo siempre mucha coca y campesinos que trabajaban como raspachines. Llegaba gente de todas partes:

paisas, bogotanos, de Boyacá, de la costa. Imagínese que aquí en un sector que se llama El Naranjo había hasta siete discotecas; en Santa Rosa, seis o siete y todas funcionaban, ¡todas funcionaban! Eso era una cosa... El trago era mucho y también muchos muertos, mucha muerte, bastante, bastante, bastante, porque no había control. En ese tiempo, ya eran muertos en manos de los paramilitares y, mucho más fuerte, quedaban sin cabeza, la cabeza al río. En el puente rojo llevaban a la gente para matarla, era hartísima. A las prostitutas las mataban, eso era una cosa, no. Así como había comercio de todo, así había muertos.

Ahora voy a hablar un poquito más de cómo ha sido la resiliencia de las mujeres frente al conflicto. La primera iniciativa que tuvimos fue un proceso formativo del ABC de Género, fue en el 2015. Eso partió la historia de Policarpa en dos, lo recuerdo tanto porque en la universidad tuve la oportunidad de conocer los planes de desarrollo antiguos, más o menos unos tres planes de desarrollo anteriores, y usted los empieza a deducir, a leer, y se da cuenta de que nunca encuentra una palabra LGBTI o una palabra que diga género. Entonces le dimos a conocer a la comunidad que ya había una Mesa de Mujeres. Empezamos a empoderar a las mujeres, porque queríamos disminuir las violencias de género. Lo que queremos son masculinidades corresponsables con el hogar. Ahora cerca de seis mujeres hacemos parte de la Mesa de Víctimas, hacemos parte de la Reunión de Justicia Transicional en donde ya empezamos a hacer incidencia para que el presupuesto se vaya adonde tiene que irse; por ejemplo, ya empezamos a aterrizar ese presupuesto a danza, a mejorar una cancha, una escuela, entonces ya sabemos para dónde se va el dinero. Ha sido un proceso, el resultado de muchas luchas que ahora tiene respuestas.



se  
n Pu  
2002 e fu  
nsionar. Aqu  
quí no quedó  
mionetas cuat  
vitan a la g  
eunión. y

qués  
ermanecía de man  
en 2002. Un día le eab  
hí la gente sí vino c  
aron que querían



## CUMBITARA, NARIÑO

**De lo que yo me acuerdo del conflicto armado** es que yo crie la familia en una vereda aquí de Cumbitara que se llama San Luis Alto, y al lado de la casa pasaba a pie la gente ¿no?, y por ahí pasaba la guerrilla y eso sí era azaroso, oiga. Era como 1993, y pasaban doscientos o trescientos, eran unas hembrotas, con esos tremendos equipajes, oiga, y el comandante era un mono, se llamaba Joaquín. Claro, eran las Farc. Ellos hicieron reuniones y nos prohibieron hacer campañas políticas, entonces aquí eso se acabó. Hablando con unos líderes yo me arriesgué a ser vocero. Y le dije a un amigo que me arriesgaba a lo que me tocara. Nos reunimos un sábado con mucha gente, entre conservadores y liberales, y me designaron como líder y me fui para Pasto, porque teníamos miedo de que nos quedáramos sin representación ante el gobernador, ante los políticos. Estuvimos por allá, pedimos que no nos olvidaran y que no queríamos perder nuestra voz en los votos, en la democracia, que no queríamos que otros decidieran por nosotros y menos por la lucha de las armas. El caso es que no nos importó que nos amenazaran y apoyamos al Partido Conservador, me acuerdo que ganamos varios puestos con el partido.

Yo siempre he sido minero y un día bajé de la mina y encontré a mi mujer llorando porque los guerrilleros habían venido con fusiles a amenazar porque yo estaba haciendo política. Le dije a ella: «Pues yo nací para morirme, si me van a matar que me maten». Me tomé un café y fui a hablar con esa gente. Llegué al campamento y una guerrillera grandota estaba afuera y le digo: «Quiero hablar con el señor comandante». Ella lo llamó: «Compañero Joaco, un señor quiere hablar con usted». Y entonces le pregunté si me iban a matar por haber hecho política y él me respondió: «No, no te va a pasar nada, vos sos, ¿no? No te va a pasar nada, te felicito porque te arriesgaste verracamente, nos hiciste un daño porque ya teníamos de cuenta de nosotros a un candidato para la



Gobernación, pero bueno». Le dije que yo había estado en la campaña porque nos prometieron mejorar la escuelita para los niños y él me dijo que no me preocupara.

Pero eso no se quedó así, ¿sabe cómo se desquitaron? Yo tenía una finca en el corregimiento de Damasco y allá tenía un ganado y había hartos potreros y ellos hicieron invadir esa finca. Resulta que en el 2001 entramos con un hijo y un yerno a rodear los potreros para seguirlos cultivando y encontramos unas siembras de coca y unos campamentos. Nos salimos lo más rápido que pudimos para el pueblito de Damasco.

Luego fue que asesinaron a mis hijos. Eso fue en Llorente, una vereda de aquí. Resulta que mi hijo se olvidó de los papeles, de sus documentos; entonces, estaban recién llegados los paramilitares. Él se había olvidado de los papeles y había llamado al hermanito menor para que se los llevara. Él se había ido a comprar una planta de energía para la mina, y cuando estaba por allá, por no tener la cédula, lo mataron. A mi otro muchacho también... usted sabe que la violencia es muy verraca, oiga, y como a él no le gustaba ser ni amigo ni tampoco dejarse convencer de irse con ellos, entonces lo mataron. Al otro me lo desaparecieron en el corregimiento Putumayo, en la vereda que se llama Las Brisas, él vendía ropa y otras cosas. Usted sabe que la violencia es violencia. Yo voy a demandar al Estado para que me devuelvan mis tierras, esto no se acaba nunca. Quiero que venga la Unidad de Búsqueda para que me ayude a encontrar a mi muchacho, porque aquí hay unas fosas comunes.

## NOROCCIDENTE



## TIERRALTA, CÓRDOBA

Aunque nací el 16 de abril de 1962, en una vereda que se llama La Ciénaga, del municipio de Dabeiba, Antioquia, llegué a Córdoba cuando tenía dos años. A mi padre lo habían perseguido en medio de la guerra bipartidista y llegamos desplazados. Prácticamente soy de aquí. Me dedico a las labores del campo y al trabajo comunitario aquí en la vereda Santa Anita, corregimiento Villa Providencia de Tierralta, en el Alto Sinú. Esto es acá en las orillas de la hidroeléctrica de Urrá. Hago parte de la Asociación de Desplazados del Parque Nudo del Paramillo (Asodespap).

Cuando yo tenía trece años, estoy hablando más o menos del año 1970, unos sacerdotes jesuitas me llevaron al seminario San Bartolomé La Merced, en Bogotá. Allá estuve once años. Terminé el bachillerato, e hice Filosofía y Teología. Fui alumno de monseñor Isaías Duarte Cancino y del padre Francisco de Roux, también de Mario Calderón, al que asesinaron las Autodefensas.

Hasta los veinticuatro años estuve internado. A esa edad fue que volví a mi tierra, que era una selva, aunque ya había mucha gente porque además de mi familia había otras y eso nos llevó a pensar en hacer una reforma agraria. Se trató de que cinco familias —Higueta Ferraro, Mendoza Jerez, Trujillo Carvajal, Lambraño Polo y Julio Silgado— tenían unos predios de unas siete mil hectáreas. Eran tres o cuatro fincas enormes, y entonces dijeron: «Bueno, aquí estamos muy poquitos, estamos muy lejos

el uno del otro, hay mucho tigre, mucha fiera. Busquemos gente que se meta acá». Entonces mi papá venía de Antioquia y traía familias. Fue un proceso como de diez años, que fue lo que yo duré por fuera, pasamos de cinco a setenta y dos familias. Mi padre le entregó tierras a todo el que llegó, pero solo había una escritura que en realidad era una compraventa. Eso era territorio baldío.

Cuando mi papá estaba en esas, a finales de los años sesenta, apareció el EPL. Cuando yo regresé del seminario ya decían que estaba apareciendo una gente que extorsionaba, que pedía marranos, gallinas. Los pelados, mis hermanos, me decían: «Nosotros estamos preocupados porque mi papá nos manda a levantarnos a las cuatro de la mañana a pilar arroz y comida para darle a una gente que viene por ahí». Eso era el EPL. Ellos mismos hacían reuniones y se identificaban, pero la comunidad marcó territorio y no los dejaron entrar. En ese momento, yo estaba en el seminario. Cuando llegué, propuse que habláramos, que dialogáramos. Nos sentamos a hablar con Pedro Domínguez, que era el máximo jefe que se hacía mostrar ahí. La comunidad siempre lo llamaba «el de la camisa vaquera», porque era el único que utilizaba camisa vaquera, un sombrero pelo e'guama, unas botas de cuero bien pintado y una Mini Uzi. Los demás eran campesinos con escopéticas viejas, así de sencillo.

En los años ochenta, creció mucho todo por acá y nacieron nuevas veredas y dijimos: «Vamos a organizarnos todos en un solo grupo», y nació la Asociación para el desarrollo de las familias del parque Paramillo, Manso y Sinú (Ascoderma), que agrupaba todas las diecisiete veredas de la región del Manso, Sinú y Tigre. Todas las veredas se sometían a lo que Ascoderma decía. Empezamos a desarrollar la ganadería, a mantener buenos pastos y potreros. El problema fue que el EPL nos presionó y al que tenía más de cincuenta vacas ya le pedían una, o sea que cobraban impuestos. Ahí empezó una pelea. Tanto que una vez unos cachacos intentaron llevar semilla de coca y nosotros se las arrancamos y nos echaron al EPL, y el EPL nos iba a fusilar. Pero bueno, dialogamos.

Lo bueno de todo esto es que nos conectamos con Médicos sin Fronteras, Acción contra el Hambre y otras. Esas oenegés nos ayudaron a preparar gente y a estructurarnos como organización, ¿me entiende?, y nos ayudaron a legalizarnos. Entonces nos legalizamos, sacamos nuestra Cámara de Comercio, sacamos NIT. Hicimos un convenio con la Alcaldía y la Gobernación de Córdoba y empezamos a desarrollar Ascoderma. Contratábamos maestros y enfermeras. Entonces, llegamos al máximo tope: con puestos de salud que tenían sala de parto, sala de obstetricia, teníamos un médico especializado, dos médicos generales, una bacterióloga. En fin, hasta desarrollamos un pénsum para los colegios, para que los muchachos salieran bien preparados. Fueron quince años de arduo trabajo, un trabajo impresionante, la gente trabajaba con ganas y con un

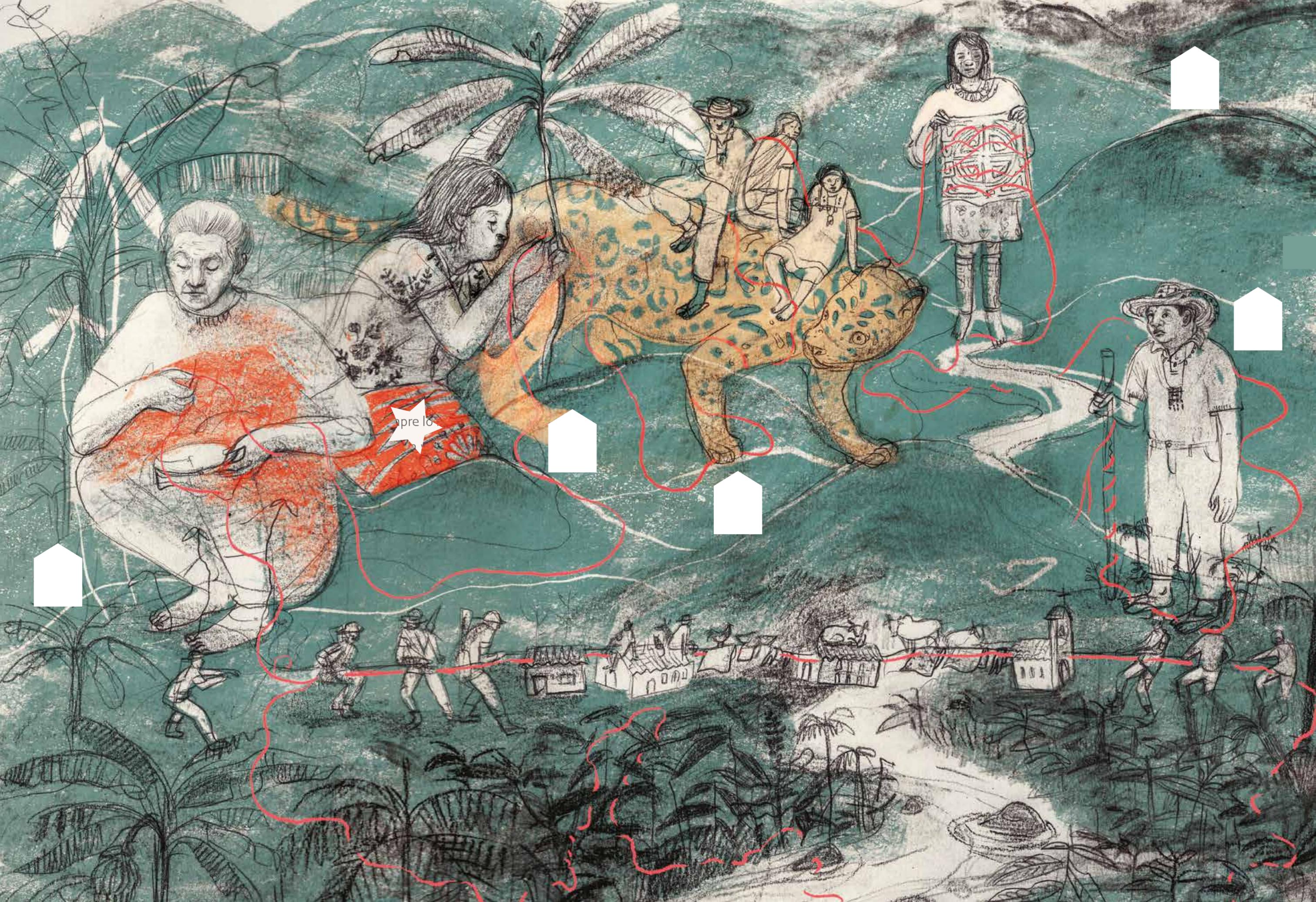


entusiasmo que no hubo en más. Esa fortaleza con que la gente trabajó fue la que nos ayudó, porque el problema se nos creció con el EPL, y se creció porque nosotros no queríamos nada con los grupos armados, no queríamos cultivos ni tampoco darles impuestos. Ese problema también vino después con otros grupos armados.

Las Farc aparecieron aquí como en la mitad de la década de los ochenta. ¿Cómo entraron las Farc? Nombraban maestros y aparecían los maestros, verdad, dando clase, pero eran fichas de ellos para que reclutaran. Yo vi nacer los Frentes 58, 5 y 35; nacieron en esa tierra y les puedo contar dónde se reunieron el primer día. Yo me les metí a esas reuniones a desbaratárselas, porque yo no quería que reclutaran gente y tuve muchos problemas. Con todo ese comercio de cocaína, las Farc empezaron a tomar mucha fuerza

Ya en los años noventa, llegó gente paisa a comprar tierras. Nosotros dijimos: «Nadie vende tierras aquí», pero usted sabe que eso uno no lo puede controlar, uno no puede obligar a la gente a que no venda. Vinieron unos vecinos y vendieron ochenta hectáreas de tierra que tenían, que incluso mi papá se las había dado.





pre lo



## NOROCCIDENTE

Y los paisas vinieron y trajeron unas semillas, el tipo se llamaba Gregorio Sierra y vendía ropa de segunda y entre la ropa metía las semillas. Hubo peleas con ellos porque nosotros no queríamos que sembraran. Buscamos a la guerrilla para que intermediara, pero la guerrilla recibió plata de ellos y nos jodieron, y nos convertimos en enemigos.

El 11 de septiembre de 1997, incursionaron acá setecientos paramilitares y me amarraron a mí, mientras le veía mochar la cabeza a diecisiete compañeros; cayeron a los pies míos y los paramilitares las pateaban. El único que quedó vivo fui yo, y eso porque el Cobra, un comandante de esos de la guerrilla que se había entregado, se opuso y le disparó tres veces al que me iba a matar, no me dejó matar. Nosotros habíamos ayudado a entregar unos guerrilleros dos años antes, unos a los que les quitamos un hambre de ocho días. Esos guerrilleros que entregamos al Ejército y a la comisión del Gobierno fueron los mismos paramilitares que entraron dos años después, nos quemaron las casas, nos robaron el ganado. Desplazaron a cuatrocientas noventa personas en solo dos días.

De los más de setecientos paramilitares que entraron allá, la mayoría eran militares involucrados. Yo viví una tragedia grande y todavía tengo secuelas. Yo tengo un diagnóstico médico de paraplejía, porque casi me partieron una vértebra lumbar. Yo nunca he ido a un psicólogo, pero vi cómo violaban, torturaban y mataban, a mí me volvieron un fleco. Estuve dos días amarrado, me orinaron la cara, me sometieron a vejámenes, violaron a una anciana al frente mío. Yo he tratado de superar esto, pero no ha sido fácil.

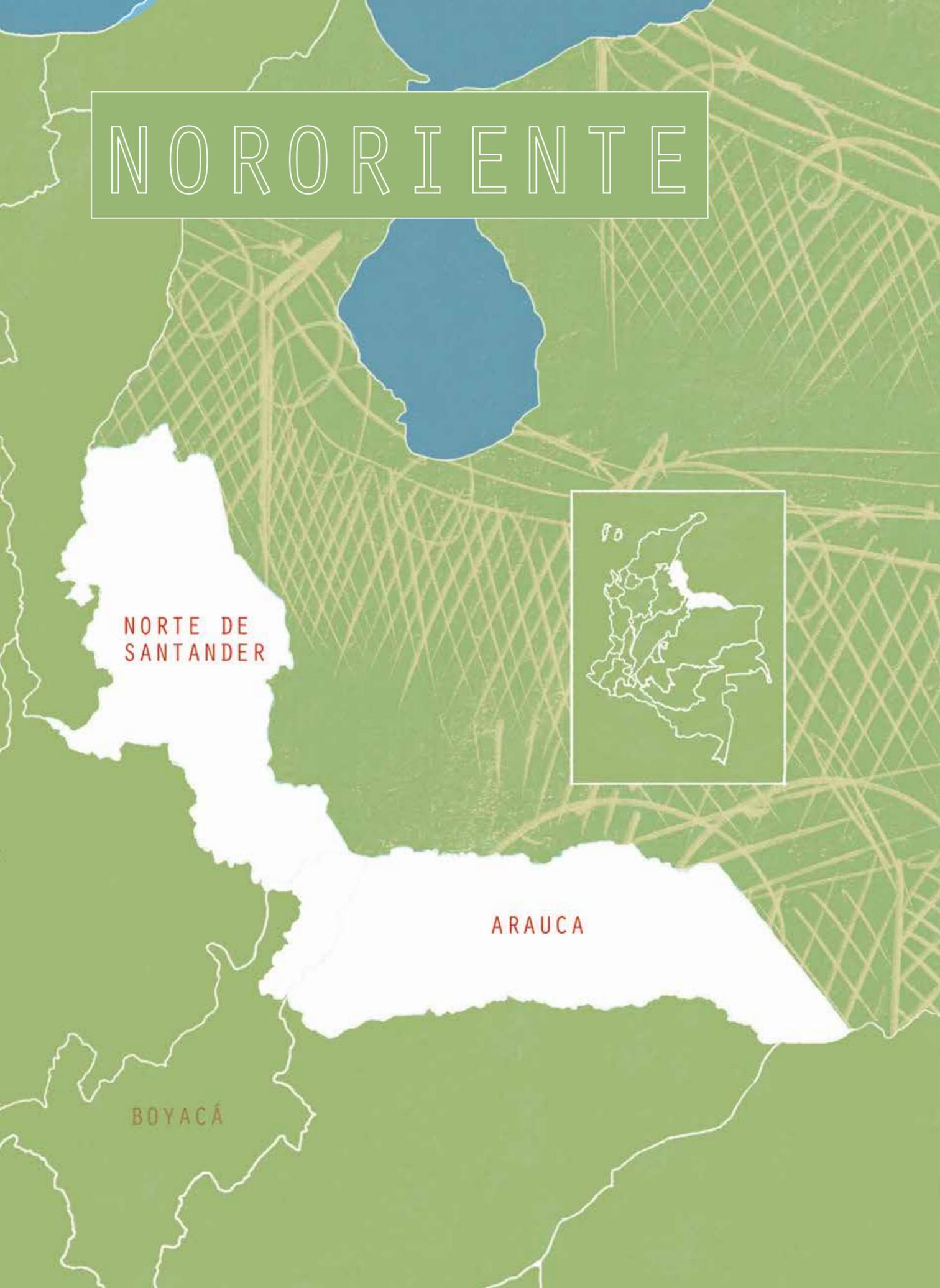
Aunque de los diecisiete líderes que tuvo Ascoderma solo quedan vivos tres —el último murió de coronavirus—, yo sí quiero decir que tuvimos logros muy importantes: se organizó consciente y técnicamente a una basta región del Alto Sinú; se desarrolló un plan de educación propio de la región para las comunidades alejadas; tuvimos un hospital con médicos generales, especialistas, cirujano, enfermera profesional; hicimos una propuesta para titulación de tierras y reubicar



## LA FUERZA DE ESTA VOZ

familias; se desmovilizó un gran grupo del EPL, los convencimos del daño que le estaban haciendo a la comunidad y el peligro en el que nos ponían con los otros grupos armados, porque el EPL tenía una guarida importante cerca de la reserva; además, quisieron impedir la llegada de los programas que estábamos adelantando y que beneficiaban a los campesinos. Sufrimos mucho, pero valió la pena.

# NORORIENTE



## REGIÓN DEL SARARE, LÍMITES ENTRE ARAUCA, BOYACÁ Y NORTE DE SANTANDER

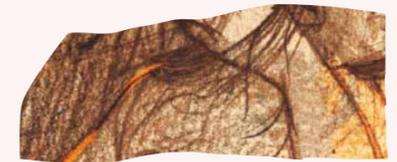
*Mis padres fueron unos de los tantos* campesinos que arribaron a estas tierras del piedemonte araucano huyendo de la violencia bipartidista. El inspector del pueblo donde vivíamos le dijo a mi papá que tenía que irse porque era la siguiente víctima. En esa época, yo tendría cinco años. Le dijeron a mi papá que había un proyecto de reforma agraria. Había ganado la presidencia de la república Carlos Lleras Restrepo, estaban en la expansión de la frontera agrícola, así surgió la colonización de la región del Sarare. En 1960, se creó la primera oficina del Incora en Toledo, Norte de Santander. El Incora cumplía la función de adjudicar baldíos a los campesinos que llegaban con sus familias. Esta colonización tuvo una particularidad, porque los campesinos llegaron y se asentaron con sus mujeres, hijos, y trajeron todas sus costumbres. Por eso no somos llaneros, seguimos siendo nortesantandereanos. Aquí llegó mucha gente de los dos santandereanos.

El 28 de agosto de 1977, llegamos a Saravena, mi papá hizo una escala en Bochalema. Mi mamá era una gran lideresa, mi papá también lideraba. Yo tenía diez años por entonces. Mi papá siempre decía que las mujeres debíamos estudiar. A pesar de ser un campesino, mi papá era un lector empedernido, estaba suscrito a un periódico y llegaba a la casa. En mi casa nos gusta la poesía. En esa época había triunfado la Revolución cubana y teníamos la lucha de monseñor Óscar Arnulfo Romero. Nosotros vivimos de cerca el proceso de la teología de la liberación. Incluso el padre Domingo Laín, el sacerdote español miembro del ELN después de la derrota de Anorí, llegó al Sarare.

Siempre me gustó estudiar. En séptimo me gané un concurso de cuento. Yo declamaba, cuando llegó el obispo me buscaron en la casa para que fuera a decirle una poesía. En esa época, en la escuelita de Sarare había hasta tercero de bachillerato. Mi papá quería que yo siguiera estudiando y me llevaron a estudiar a Bucaramanga. Me gradué de bachiller y me vinculé al Movimiento Social y Popular. Me casé en el año setenta y ocho, a mí me gustó la militancia del Partido Comunista porque yo había leído a Marx. Cuando empecé a estudiar Economía en la universidad ya me había separado. Viví la época de la universidad en la que el sicariato se hizo presente.

En 1982, organizamos un paro regional durísimo, porque desde los años setenta hubo mucha represión en contra de los sindicatos, mataron a muchos compañeros. Ese año, en el ochenta y dos, desaparecieron los sindicatos de Fetralsa, Utrasan y Festra. Sin embargo, como protestamos tanto, nació la Unión Sindical de Trabajadores de Santander (Usitra). Pedíamos derechos laborales, pero la persecución fue muy violenta; salvo yo, todos los organizadores del paro están muertos. Me acuerdo que, en medio de esas movilizaciones, yo tendría como veinticinco años, nos tomamos un avión del Ejército, no lo dejamos mover hasta que liberaron a veinticinco campesinos que habían retenido en medio del paro.

Después de hacer tantas protestas pidiendo trabajo digno, respeto por los campesinos y titulación de tierras, unas compañeras y yo creamos Asodemuc (Asociación de Mujeres Campesinas). Quisimos organizar a la mujer obrera, a la mujer desempleada, a la mujer campesina para que tuviéramos proyectos productivos e hiciéramos valer los derechos de las mujeres. Pero el machismo continúa, porque justo cuando empezamos a organizarnos como mujeres nos empezaron a perseguir los miembros de las Autodefensas, decían que a nosotros los comunistas nos iban a aplicar la fórmula del encierro, entierro o destierro, y eso sí lo cumplieron. Nos amenazaron de muchas maneras. Sin embargo, logramos resistir, tenemos trabajo con mujeres en los santanderes, hacemos valer nuestros derechos y hemos logrado asociatividad y voz política en los territorios.



## TIBÚ, NORTE DE SANTANDER

Nací el 29 de mayo de 1984 en el hospital de La Gabarra. Mi mamá vivía en Vetas de Oriente con mis abuelos. Mis abuelos predicaban, tenían una iglesia. De ahí nos fuimos a La India (corregimiento de Landázuri, Santander). Vivíamos de la pesca del río. No nos dieron estudio porque en ese entonces los abuelos no pensaban en que la gente estudiara. Nos íbamos a vender bollos de maíz o de maduro a una finca cocalera, la primera finca donde se empezó a sembrar coca en La Gabarra. Ahí hicieron una aldea de coccaleros. Ahí vivían, tenía cada uno su pieza.





amaba, cuando llegaba el co  
rle una poesía. En esa época, en  
achillerato. Mi papá quería que yo s

EL PUEBLO HABLA  
EL PUEBLO HABLA  
YA LUCHAR!

GRACIAS POR  
PARAR  
PENSANDO EN  
EL FUTURO

lel  
en  
te.  
lia



En La India, mi tía vivía con nosotros. Ahí nació otra hermana. Para nosotros comer carnecita era un milagro. No sabíamos qué era un muerto, el que se moría era natural. Éramos muy felices, íbamos a la escuela dominical, al culto. Mi abuelo, una vez trayendo mercado por la carretera, lo agarró la noche. Tuvo un accidente y quedó discapacitado, ahí empezamos a consentirlo más. Él siempre estaba pendiente de nosotros. A los tres años murió. Como al año de que mi abuelo falleciera, murió el tío que nos sostenía. El otro tío que quedaba nos dijo que para podernos ayudar teníamos que viajar. Entonces nos vinimos para La Gabarra. Mi tío le hizo una casa de palo a mi abuela, en una invasión. Yo me volví adolescente, dejé de ir a la iglesia. Empecé a conocer más amigos, a salir, crecí. Ya de catorce años me la pasaba en una discoteca. Hacíamos muchos paseos, las minitecas hacían unos bazares al frente de la playa. Amanecíamos bailando, nadie mataba a nadie. Sabíamos que existía la guerrilla, sabíamos que algunos pertenecían a ese grupo, pero no había violencia. Las Farc hacía presencia en la zona.

Antes de cumplir los quince años, empezaron a decir que los paramilitares venían. Yo ya tenía novio en ese entonces, el papá de mis hijos. Se empezaron a escuchar rumores y noticias de masacres en algunos lados de Córdoba, de los Montes de María. La Gabarra se fue llenando de coca. Yo nunca tuve conocimiento de cómo la cultivaban. Yo ya no estaba trabajando en el Fiestín, que así se llamaba la discoteca, sino en una cantina, Cortinas Rojas. Empecé a trabajar ahí y con mi novio, que era raspachín, salíamos los fines de semana.

Una vez en el Fiestín cortaron a un señor. Lo encontramos tirado en el suelo. Mi marido lo recogió, lo curó, se lo llevó para las residencias. Y de ahí se lo llevó a la finca a trabajar donde él trabajaba, lo metió al cambuche. Ese fin de semana de la masacre, el señor le dijo a mi marido que no bajara. Le dijo: «Quédese aquí, no baje, quédese aquí». Resulta que ese señor era paramilitar. Le salvó la vida a

mi marido, porque él sabía qué iba a pasar. El señor me decía «comadre». Resulta que era un comandante de los paramilitares.

El señor me dio unas recomendaciones y se quedó en la residencia. Tal vez estaba ahí informando y mirando. Ya sabía lo que iba a pasar. Me dijo: «¿Usted qué va hacer hoy?». Le dije que irme a bailar. Me dijo que no saliera, que esperara al otro día. Le hice caso. Pasó así: siendo como las tres de la tarde, yo estaba en el local, cuando escuché una bulla y vi que en el billar que quedaba al frente habían apagado la música. Cuando salimos vimos una discusión, un man sacó un arma y disparó contra dos hermanos que eran compradores de droga. El man los mató a los dos.

Yo era la administradora del local. Le dije a la mesera que cerráramos. Ya oscurecía. Le dije: «Mami, cerremos», y en esas se metieron los paramilitares. De repente, alguien dijo: «¿Cuántos hijueputas guerrilleros hay aquí?». Nadie contestaba, nadie. Repetían: «¿Cuántos hijueputas guerrilleros hay aquí?». Nadie contestaba. Y yo orando. Ese día fue el más horrible que tengo en mis recuerdos. Yo miraba, eran candelitas y el ruido tatatatata, y las candelitas que se veían por el espejo. Ellos hicieron la masacre, se montaron al carro y arrancaron.

Tuvimos que dormir ahí, bajamos las cortinas, nos arrunchamos detrás del mostrador y ahí dormimos. A las seis de la mañana nos levantamos pensando en los familiares, en los primos, en todo, y empezamos a ver la masacre de frente. Toda la gente tirada ahí. Había un hermano de un compañero que bailaba, vendía ollitas ahí en el parque, y como no abrió la puerta le dispararon, estaba ahí tirado. De ahí nos fuimos para el centro y empezamos a ver muertos por todos lados. Vi al corregidor que estaba mochando dedos y echándolos en un pote. En eso me dio un trauma y me desmayé.

# ORINOQUÍA



BOYACÁ  
CUNDI -  
NAMARCA  
CASANARE  
VICHADA  
META  
GUAVIARE  
CAQUETÁ

LA FUERZA DE ESTA VOZ

## YOPAL, CASANARE

**Soy oriundo de Puerto Rondón, Arauca.** Con mi familia nos empezaron a suceder unos hechos desde que las Farc me quisieron reclutar y yo me volé. Eso fue en 1992, en la vereda San Ignacio, de Puerto Rondón. Me tocó bótarme al río Casanare. Ese día asesinaron a un muchacho que se crio con nosotros. A mí me tocó durar ocho días metido debajo de un colchón en Rondón porque ellos me buscaban por cielo y tierra. Ahí empezaron la tortura y la violencia contra mi familia. No pude volver durante dos años.

El 23 de enero de 1997, llegaron los paramilitares a la finca propiedad de mis papás. Los sacaron a ellos y los asesinaron. Casi no nos dejan recoger ni siquiera los cuerpos. Mi papá era un señor que nunca se metía con nadie, era un hombre cuya vida era trabajar arduamente para sacar a su familia adelante. Y mi mamá era una señora bailarina de joropo.

Todos nos fuimos para Tame, porque nosotros vivíamos unidos; somos diez hermanos, ocho mujeres y dos varones. En medio de ese desplazamiento, a los ocho días falleció mi hijo de nueve mesecitos y a los dos meses falleció mi hermano, murió de pena moral porque él no se valía por sí solo. A los poquitos días, la guerrilla mató a los cinco hijos de mi hermana Estela porque no querían irse para ese grupo armado. El muchachito menor tenía once años. Nos regamos por todos lados: unos se fueron para Cúcuta, yo me vine aquí, para Yopal. Sin embargo, en el noventa y nueve, me

agarraron los paramilitares aquí en La Nevera, yo manejaba maquinaria, haciendo la vía de San Luis de Palenque. Por el hecho de tener cédula de Arauca me trataron como a un guerrillero: me metían pistolas a la boca, me tumbaron los dientes con las pistolas. Al final, me dejaron ir.

No siendo suficiente con eso, caí preso. El 10 de mayo del 2000, el Ejército nos hizo un montaje, acusándonos a mi esposa y a mí de ser guerrilleros del ELN. Duramos tres meses presos. Mi hijo de cinco años se quedó en la calle, ni siquiera el Bienestar Familiar lo quiso cuidar. Hoy tiene veinticinco años. Fue muy duro para nosotros porque uno a veces busca refugio en el Estado y el Estado lo ataca. Jamás he portado un arma, ni para defensa personal ni para utilizarla en contra de otra persona.

Me han amenazado ya tres veces. Yo hago parte de la Asociación de Víctimas y Campesinos de Regreso al Campo, y una vez estaba en la finca que tenemos en comodato, llegó un señor y dijo que si yo seguía molestando por tierras me iba a matar a mí y a mis hijos. Nuestro objetivo es recuperar algunos terrenos que nos quitaron y le estamos pidiendo al Gobierno que nos titule algunas tenencias de tierra. Nuestro objetivo es tener tierra y cultivarla, tener la manera de buscar comida, pero también hacer empresa colaborativa. El caso es que las tres veces que me han amenazado ha sido la misma persona, la misma moto, porque al mirarla yo la conozco: una moto grande, sin placas, sin identificación. Sin embargo, yo ya fui y puse la queja a la Fiscalía, no se ha hecho nada. Yo estoy con la bendición de Dios y esperando que mi Dios nos proteja.

Nosotros estamos pidiéndole al Estado que a este grupo de campesinos que estamos en la Asociación, personas que vivimos y nos criamos en el campo, nos ayuden a conseguir una tierra para trabajar. Incluso le hemos hecho la propuesta de que nos dejen la deuda muerta por dos años y que luego nos la cobren, que nosotros la pagamos con nuestro trabajo. Por ahora, estamos acá en el Casanare, queremos esta tierra y hemos logrado avances, pero tenemos mucha incertidumbre.



//

La Asociación de Víctimas y Campesinos de Regreso al Campo está conformada por treinta y cinco familias que han sufrido los flagelos del conflicto armado, muchas de ellas desplazadas, que tuvieron que encontrar un refugio en zonas rurales del Casanare. Uno de sus logros más importantes está en la creación de una cadena productiva de pancoger. En 2021, cerca de ciento cincuenta personas pudieron formarse en técnicas productivas en alianza con el Sena.

## TRINIDAD, CASANARE

Nací en San Luis de Palenque, pero me crié en la vereda La Morita, municipio de Trinidad, Casanare. Nací en San Luis de Palenque porque era la única parte en la que había un hospital. A nosotros nos criaron trabajando, cultivando arroz, maíz, plátano, ahuyama, patilla. El mundo ha cambiado tanto que a uno le da tristeza recordar esos tiempos. Me hice novia de un pelado, yo tenía catorce años, que es cuando uno ya siente amor. Nos fuimos para Rosalía, Vichada. Allá quedé embarazada de mi hija mayor, Edna. La situación fue pesada para nosotros: cogí a mi niña y me fui para mi casa otra vez. Duré dos años con mi mamita, mi padre y mis hermanos. Nosotros somos catorce hermanos. Todos estamos vivos. Mis padres sí ya fallecieron. Y estando ahí me conocí con un muchacho y me fui para una hacienda que se llama el Alto del Tigre. Allí viví quince años. Allí nacieron mis otros hijos.

He sido una mujer llanera, por eso es que conozco el territorio casanareño. Nosotros nos veníamos desde el Alto del Tigre, que queda a cinco horas a caballo de San Luis de Palenque y Trinidad. Con mis hijos ensillábamos caballos mansitos y montábamos de a dos pelados, nos veníamos con el papá de ellos. A los años me



e años. Nos regamos por  
para Yopal. Sin embargo,  
aquí en La Nevera, y  
e. Por el hec

millero: me m  
me dejaron  
00, el b  
llero

SI FUMIGAN  
ME MUERO



separé porque él era muy machista. Eso hace veintiocho años. Ahí me vine. Conseguí trabajo en un restaurante. Trabajaba día y noche, de cinco de la mañana a diez de la noche. Llegaba a mi casa a hacer tapetes para silla de montar a caballo, porque todavía se usaba mucho el caballo. Entonces dormía cuatro horas. Y así le di estudio a mis hijas. Mis hijas todas son bachilleres, todas.

Saqué una casa en arriendo porque no me alcanzaba para comprar una. Coloqué un restaurante propio. Ahí estuve trabajando muy tranquila hasta el año 2000, cuando empezó la bonanza de los paramilitares en el municipio, que ya llegaban como perro por su casa. Digamos que llegó aquí la cuadrilla de Saúl, porque me acuerdo muy bien de ellos, de un tal alias Saúl. Y llegaban a los restaurantes, pedían comida, comían. Llegaban diez, quince, a un solo restaurante. Y si no había preparado, tocaba prepararles. Ellos no pagaban. Cuando llegaba el propio comandante, Ceibo, uno sabía que él sí pagaba. Él si llegaba con diez, quince, veinte, «¿cuántos almuerzos fueron?», «tantos», «¿a cómo venden el almuerzo aquí?», «a tanto», entonces sacaba y le pagaba a uno.



Yo le vendí el restaurante a la mamá de dos paramilitares. Con esa plata compré un lotecito en mi barrio y me fui a vivir con mis cuatro hijas. Entonces me reclutaron a mi hijo, que estaba estudiando. Saúl lo reclutó. Mi hijo tenía dieciséis años. Todavía no cumplía los diecisiete. Mi hijo llegó del colegio y tiró la maleta encima de la cama, me abrazó y se puso a llorar. Y me dijo que Saúl le había dicho que se presentara al otro día en una vereda que se llama El Merey. Y yo le dije que por qué. Entonces él me dijo que porque querían que él se fuera con ellos, pero que él no se quería ir. Entonces yo le dije que no fuera.

Ellos siempre citaban a los muchachos ahí para hablar con ellos, los que iban a ir con ellos. Y había mucho joven que se iba voluntario. Al otro día, me acerqué a la Personería Municipal a hablar con el personero. El personero se llamaba, o se llama, Jaime Chaparro. Yo le dije que no quería que a mi hijo se lo llevaran. Las palabras de ese

personero fueron que él no podía solucionar nada porque para eso no había recursos. Entonces mandé a mi hijo para Paz de Ariporo. Cuando llegó, me llamó y me dijo: «Mamita, ya estamos en Paz de Ariporo». Entonces llegó a la casa de mi hija, donde mi yerno, y al otro día le conseguimos trabajo con un señor de electrodomésticos. Pero lo mataron el 3 de diciembre. Ellos viajaron el 2 de diciembre en horas de la tarde a la vereda El Totumo a llevar un pedido de electrodomésticos, el señor Milton con mi hijo. Cuando iban subiendo se les varó el carro. Como a la una de la mañana llegaron al pueblo, a la casa de don Milton. Llegaron cansados, y don Milton dice que ellos se tomaron tres cervezas con mi hijo, cada uno. Mi hijo nunca tomaba. Pero el relato de Milton, que me contó a mí, fue que ellos se tomaron tres cervezas en su casa y mi hijo salió para la casa de mi hija. Y la sorpresa. el 3 de diciembre llamaron a mi yerno y le dijeron: «Venga porque mataron a su cuñado». Y mi hijo estaba muerto en el parque. Cuando mi hija y mi yerno llegaron ahí, sí, era mi hijo. Venía con sus chanclitas en la mano, todo sucio, porque él estaba trabajando. Entonces pues llamaron a la Policía. A él no le dieron tiros, a él lo cogieron y lo degollaron. Le pegaron diecisiete puñaladas a mi hijo, diecisiete puñaladas. Eso lo vine a saber hace unos cinco años.

En ese momento no sabíamos quién lo había matado. Yo fui al campamento donde estaban los paramilitares y hablé con el señor Ceibo, él me conocía porque había comido en el restaurante. Entonces yo le dije a Ceibo que por qué me había mandado a matar a mi hijo si él era un niño estudiante, si era un niño menor de edad. Y él dijo que esa orden él no la había dado. Entonces ese señor llamó a Saúl y le preguntó que por qué habían matado a ese pelado, y un muchacho que era paramilitar, que estaba ahí en el campamento, dijo que lo habían matado porque Saúl le había dado la orden. La razón: porque no se había querido ir con ellos.

# PACÍFICO



...organizaciones. En 1996, llegó el confir

## QUIBDÓ, CHOCÓ

**Sobre la ola de violencia** en el Atrato nosotros estamos hablando desde 1995, cuando empezamos a vivirla, que es cuando llegaron los paramilitares. Desde mucho más atrás existían las Farc y el ELN, pero no se notaba el derramamiento de sangre, aunque fueran actores armados. Nosotros tuvimos el desplazamiento más grande de la zona del río Munguadó y sus tributarios, donde hay catorce comunidades y seis resguardos indígenas. En 2002, a Quibdó llegaron desplazadas nueve comunidades y cuatro resguardos.

Vea le pongo un ejemplo: en la comunidad de Villa Luz hay unas seis o siete familias, cuando antes había más de setenta. Todo eso ocurrió porque veníamos con la zozobra, las amenazas y los asesinatos selectivos de nuestros líderes y lideresas, pero se agudizó más cuando los elenos asesinaron públicamente a dos compañeros de Campo Bonito, se llamaban Felino Sánchez y Beti Inestroza.

En ese entonces, los gobiernos no hicieron nada, el que se echó eso al hombro fue el Consejo Comunitario Mayor de la Asociación Campesina Integral (Cocomacia), porque organizamos a la gente y nos hicimos líderes dentro de la propia comunidad, buscamos ayuda con organizaciones internacionales, abrimos diálogos con los armados, implementamos proyectos económicos. Después del desplazamiento, la gente dijo: «Nos regresamos, igual nos vamos a morir, que nos maten allá en las comunidades». La gente retornó sin nada, después la Cruz Roja entregó

ayudas humanitarias; el gobernador nos dio un motor para transportar a la gente, una motobomba para cruzar el río. Fue muy mínimo lo que el gobierno de turno apoyó.

El hacinamiento, cuando los grupos armados dicen: «Hoy ustedes no salen de aquí», ha sido algo muy difícil y lo rechazamos rotundamente, porque no podemos salir por la noche a buscar pescado, a cazar, ni caminar hacia la loma, tenemos que hacer todo ahí cerquita. Hemos utilizado las medidas de protección: no salir solos al campo, regresar temprano, permanecer en comunidad. Ha sido una pesadilla.

Aquí muchos jóvenes desaparecieron, muchos fueron asesinados. Las más afectadas son las mujeres, porque a las niñas de diez y doce años teníamos que sacarlas de las comunidades, también a las jóvenes. ¿Por qué? Por todo lo que le estoy contando: las violaciones, las atrocidades que se sufrieron en el conflicto armado.



//

Desde los años ochenta, el Consejo Comunitario Mayor de la Asociación Campesina Integral (Cocomacia) está trabajando por las comunidades afro del Chocó. Su presencia fue vital para que en la Constitución de 1991 se reconociera a Colombia como un país multiétnico y pluricultural. En las épocas más duras del conflicto armado, y en alianza con la oenegé Misereor, de la Iglesia católica alemana, creó la estrategia Arca de Noé, que mantuvo abastecidas las tiendas veredales del río Atrato y sus afluentes.



## QUIBDÓ, CHOCÓ

**¿Por qué nos unimos?** Porque hace más de veinticinco años vimos que el territorio estaba amenazado. Nos unimos a trabajar por los derechos económicos, sociales, culturales, ambientales... Nos metimos en ese ejercicio con las organizaciones. En 1996, con los paramilitares, llegó el conflicto armado al Chocó y al Pacífico. Si en el resto del país se habla de que el conflicto armado tiene sesenta años, en esta costa Pacífica es nuevo, más o menos tiene veinticinco, máximo treinta años. Entonces nacieron las Comisiones de Vida, Justicia y Paz. Yo soy cofundador.

Los militares me acusaron, pues como yo me movía tanto de una parroquia a otra, de ser guerrillero, auxiliador de la guerrilla, y en febrero de 1990, me detuvieron en Yondó. En esa época no había Defensoría. Por ese episodio a mí me tuvieron que sacar de aquí por dos meses, pero luego volví porque con el obispo de la época denunciarnos la manera arbitraria como me habían detenido y al teniente lo destituyeron. Luego me fui al Carmen de Atrato y encontré una mina de cobre donde había mucho maltrato laboral. Yo fui cofundador del sindicato de la mina, porque ni siquiera les pagaban regalías, mucho menos seguridad social. Ese sindicato hasta ahora persiste.

En el caso de los campesinos, por medio de las juntas de acción comunal creamos el primer comité de derechos humanos, así se enfrentó esa arremetida

violenta que hizo el Ejército, porque yo fui testigo de falsos positivos, aunque en esa época no se conocían de esa manera. También tuvimos que abrir espacios de diálogos pastorales con los grupos armados. Hablamos con el ELN porque estaban reclutando a muchos niños y jóvenes. Se hicieron pactos para que





~~~~~

la iglesia católica  
estrategia Arca de Noé,  
bastece las tiendas  
trato y sus afluentes.

rabeños. e  
quería ceder. M  
da, y yo ad

stirme que  
de que fuera  
pensé que

el ELN respetara el trabajo de la Iglesia y logramos que muchos niños y niñas no se fueran a la guerra.

El tema de la titulación colectiva que aquí se logró no fue gracias a que vino un congresista de la república, muy querido, y se sentó a legislar, o un gobierno, no. Eso fue una exigencia de derechos mediante tomas a la catedral, a la Embajada de Haití, vías de hecho de las organizaciones junto a una iglesia que acompañaba.

A nosotros nos acusaban de doble moral. Muy raro porque nosotros le decíamos a la guerrilla en los diálogos pastorales: «Bueno, si ustedes son el ejército del pueblo, entonces por qué están provocando todos estos asesinatos y matanzas». Hay documentos, hay cartas pastorales en las que hablamos de que la posición nuestra era la protección de la comunidad. Dijimos: «No, señores, nuestra posición frente a todo este conflicto político, social y armado, la posición de la Diócesis de Quibdó, no puede ser neutral». Eso nos lo enseñaron los pueblos indígenas, que un motor en neutro se va agua abajo, usted pone un motor fuera del borde en neutro y se va. También dijimos: «Nosotros aquí estamos del lado de las comunidades, del lado de las organizaciones». ¿Por qué? Porque vimos que tanto las guerrillas, los paramilitares y el Gobierno estaban en contra y para destruir esos procesos organizativos.

La fuerza pública reclutó a muchos niños. Muchos indígenas fueron víctimas del batallón. La guerrilla también ha reclutado, con las Farc se discutió muchísimo el tema y no quisieron reconocer, aunque sabemos que ellos sí

reclutaron niños y niñas. Yo recuerdo que el último episodio fue en el 2009: el Frente 34 se llevó a catorce niños y niñas. En esta región todavía sufrimos mucho el conflicto por los grupos armados, la minería, las rutas ilegales. Estamos haciendo un frente común por la paz, para que pueda haber



en el futuro un Gobierno proclive a todas estas iniciativas, porque si vamos a seguir en esta misma línea, lo que va a venir será una guerra muy dura. Ese es un tema que lo vamos a liderar desde la región del Pacífico, nosotros siempre nos hemos defendido.

## BUENAVENTURA, VALLE DEL CAUCA

En el año 2013, yo iba caminando por mi barrio, San Francisco. Llegando a mi casa, como a las nueve de la noche, se me aparecieron tres hombres: uno de ellos me dijo que le pasara el celular y yo le dije que no; intentaron arrebatármelo y yo empecé a alzar la voz, y cuando alcé la voz, empezaron a salir los vecinos y me dejaron tranquilo. Tengo que decir que en el barrio yo siempre fui muy conocido porque les enseñaba a los niños, yo ejercía como profesor. Entonces daba clases de baile, de música, de poesía, siempre con una propuesta de paz porque nuestro contexto es muy duro.

El caso es que un tiempo después empecé a trabajar en un colegio. Salí a comer con unos estudiantes y regresando a mi casa me metí por una callecita de San Luis y justo estaban los que me habían querido robar, fumando marihuana en una esquina. Salí corriendo y ellos salieron detrás de mí, me agarraron y me golpearon hasta que me dejaron ir. De ahí, empezaron a amedrentarme por las noches y a inventar chismes sobre mí. Uno de ellos, de los Urabeños, empezó a insistirme que tuviera relaciones sexuales con él, pero yo no quería ceder. Me cansé de que fuera a molestar a mi casa, pues llegaba en la madrugada, y yo accedí porque pensé que era la forma en que me iba a dejar tranquilo, pero después fue peor.

Luego empecé a trabajar con un programa que se llama Generaciones con Bienestar del ICBF (Instituto Colombiano de Bienestar Familiar), trabajaba con cien niños. Estos que me acosaban, los de los Urabeños, se dieron cuenta y llegaron hasta el lugar y se robaron una maleta con cinco millones de pesos para las actividades de ese día. Llamamos a la Policía. Cuando llegué a mi casa, ellos estaban esperándome: que yo era un sapo, que cualquier cosa que les pasara a ellos nosotros teníamos que pagar. Insistieron tanto con eso y nos visitaban tanto en el centro de Bienestar Familiar que nos terminaron sacando de allá a mi primo y a mí. Y como ya no teníamos ese trabajo, nos tocó volver al barrio San Francisco a la misma casa, porque era la que podíamos pagar.

Tiempo después fue que los Urabeños llegaron a la casa y se llevaron a mi cuñado Jhon Jairo. Nosotros peleamos por él, pero al final el que mandaba lo sacó de la casa y se lo llevó. Nos tuvimos que esconder, porque ellos dijeron que nos iban a matar a todos. Al rato me llamó mi hermana llorando para decirme que habían matado a Jhon Jairo. Pudimos estar esa noche y al otro día nos fuimos para Cali.

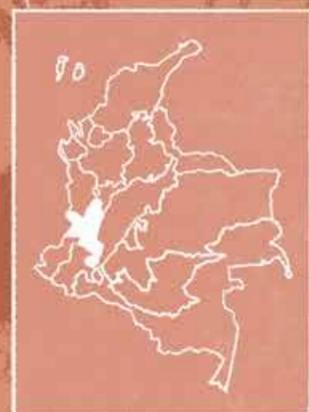
Volví a Buenaventura en 2016, a la conferencia que dio Álvaro Uribe Vélez. Nosotros estábamos promoviendo el sí en el plebiscito, pero igual quisimos oír a Uribe. Cuando escuché su discurso me dio mucha rabia, me levanté y le dije que no usara más a los hijos de los pobres para la guerra, y eso se viralizó. Me entraban llamadas y mensajes de gente que nunca había visto, y yo estaba por todas partes en Facebook. Al día siguiente, por la mañana, me llamó alguien con un acento como paisa y me dijo que sabían quién era, que yo ya estaba muerto, que mi familia y yo ya estábamos muertos, que sabían quién era y me colgó. Vinieron más amenazas y hasta una candidata a la Alcaldía, por el Centro Democrático, insinuó en un medio local que yo era auxiliar de la guerrilla.

Finalmente, un diciembre que vine a Buenaventura con mi hermana, nos encontramos con los que mataron a mi cuñado. Ellos nos extendieron la mano y nos desearon feliz año. Yo les di la mano. Luego me abrazaron. Sentí que todo mi rencor se había ido. Fue un momento de reconciliación fuerte, ellos reconocieron el error y yo los perdoné, perdoné todo lo que me habían hecho. Es en esos momentos cuando uno entiende que el perdón es todo.

//

El paro cívico de Buenaventura sucedió entre el 16 de mayo y el 6 de junio de 2017, gracias al trabajo de organizaciones sociales y autoridades territoriales que quisieron mostrar la grave crisis de violación de derechos humanos en el territorio. Los colectivos se expresaron con performances artísticos que dejaban en evidencia la riqueza cultural de la región. En un hito histórico, lograron una comunicación directa con el Gobierno nacional, lo que cambió las dinámicas de la política regional.

# VALLE Y NORTE DEL CAUCA



VALLE DEL CAUCA

CAUCA

HUILA

## CALDONO, CAUCA

Los problemas empezaron porque la Policía no tenía lugar donde ubicarse y la pusieron en la parte de la escuela urbana de varones. En una toma guerrillera la escuela quedó totalmente destruida. Murieron dos civiles y dos policías. Yo soy comunero del resguardo indígena San Lorenzo de Caldon. Hice mis estudios en esa escuela. Después estudié Música, pero por cuestiones económicas no pude terminar la carrera. Luego hice un técnico en Educación Pre-escolar. Siempre he vivido en Caldon.

Trabajaba en un colegio de Santander de Quilichao cuando fue la primera toma del municipio por parte de las Farc. Bajaron y se tomaron la población y destruyeron el puesto de Policía. Fue algo muy tremendo. Y luego a los quince días volvió a haber otra toma. Creo que fue en el noventa y siete. Ahí fue cuando nos destruyeron la escuela.

Yo tuve un hermano al que se lo llevaron las milicias del ELN, se lo llevaron engañado, tenía trece añitos. Lo mandaron para la cordillera Occidental. Mi madre sufrió mucho, nosotros sufrimos. Toda su niñez se agotó allá y vivió parte de la juventud. Cuando regresó nos comentó cómo pudo salir: estaba prestando guardia cuando cayó un rayo al lado y lo arrojó a unos diez metros. Cuando lo fueron a mirar los compañeros, estaba totalmente reventado, botaba sangre por la boca y por la nariz. Lo llevaron al Hospital San José en Popayán. Trató de volarse, pero

había guerrilleros vigilando y cuidándolo, y apenas le dieron de alta, volvieron y lo llevaron para la montaña. Él dijo que allá empezó a sufrir de ataques epilépticos. William se llamaba. Luego de eso, salió y solamente nos duró un año.

Resulta que un día estaba en la casa cuando mi madre subió asustada y me dijo: «¿Usted está poniendo cuidado a lo que está pasando? Está bajando una cantidad de guerrilla... y vienen con pipas y vienen armados, vienen bien armados y se van a tomar el pueblo». Yo reaccioné: «¡No se van a tomar el pueblo!». Y, claro, cuando miré, ya la guerrilla estaba aquí. Por ese entonces, yo tocaba el saxofón. Cuando me vine por el instrumento, me vine corriendo. Antes de bajar aquí al pueblo, me encontré un guerrillero tendido en el piso: «¡Alto! ¿Para dónde va? ¿Usted no sabe que nosotros somos la guerrilla y que nos estamos tomando el pueblo?». Algo se me salió, o sea, me dio mucha rabia y le dije: «¿Y ustedes quiénes son? O sea, si es que nosotros somos de aquí del pueblo, ¿ustedes cómo van a venir de otra parte a decirnos si podemos caminar o no podemos caminar?». Entonces, él se volteó y me dijo: «Conque muy alzado», pues cogió el fusil y me apuntó. Yo le dije: «Pues, dispare. Si es tan hombrecito, dispare». Le di la espalda y arranqué a caminar otra vez. Me gritó: «O se devuelve o lo quemo». Esas fueron las palabras que utilizó.

Venían más guerrilleros y pensamos que iban a desaparecer el pueblo. Entonces se nos ocurrió la idea de esperarlos y oponernos. Volvimos a pasar por donde estaba el guerrillero que me había amenazado, esa vez se volteó, ya todo ofendido, y vio que yo venía otra vez. «Conque muy machitos, si se van para abajo, pues... de aquí yo no los voy a dejar pasar». Y yo le dije: «No, ¿cómo así que no nos va a dejar pasar? Nosotros somos de aquí, de Caldonó. ¿Y es que usted de dónde es?». Éramos siete personas, ya no había miedo, entonces lo frentamos. En ese momento, nació el coraje: «Vamos a impedir esa toma», esa fue la consigna. Le dijimos a la gente: «¡Vamos, vamos a defender el pueblo!». Y hubo una mujer que se llenó de valentía y dijo: «Sí, señor, vamos a defender al pueblo», y salió, abrió la puerta y ya éramos más personas.

La guerrilla sintió las consignas de nosotros, comenzó a escuchar las consignas que lanzábamos y empezó a disparar más fuerte. Pero nosotros nos llenamos de valor. Unas cien personas empezamos a caminar desde la casa cural, pasamos por el frente del puesto de Policía, pasamos caminando, y empezamos a lanzar consignas. Por el barrio Bello subimos lanzando consignas. Cuando bajamos al parque, el cura empezó a colocar música protesta: Mercedes Sosa, Silvio Rodríguez, José Luis Perales. La guerrilla se fue. Contentos de lo que habíamos hecho, colocamos el himno nacional, lo cantamos. Yo creo que fue la primera vez en mi vida que canté el himno con esa apropiación y con ese coraje tan tremendo.

## TULÚA, VALLE DEL CAUCA

**Nací en Tuluá, en 1976.** Soy una madre cabeza de hogar. Fui fundadora en 1996 de la Red Juvenil Tuluá. De hecho, fui la primera joven que trajo un proyecto de extensión cultural para el municipio. Preocupada por todo lo que pasaba con los jóvenes, creé la red juvenil: a partir del reciclaje, les enseñaba cómo hacer artesanías, cómo recuperar. Decidimos hacer un evento para recolectar fondos, fue un sábado. Pusimos a mi hermanito de quince años para que requisara a la gente que entraba a la fiesta. Él entró y me dijo: «Yo veo que los hombres traen unas pistolas largotas». ¡Vaya sorpresa!, había hombres tomando tequila, tragos finos, estaban con el presidente de la junta de acción comunal. Esos mismos amenazaron al presidente del club juvenil; ahí fue cuando escuchamos que dizque eran los



, VALLE DE

siempre fu... a es...

... escuela Fra...

currió la...  
guerrillero que me...  
que yo venía otra...  
de aquí yo no los ve...  
ya a dejar pasar? N...  
es?». Éramos...

dijeron...  
Y yo les dije: «¿Y por d...

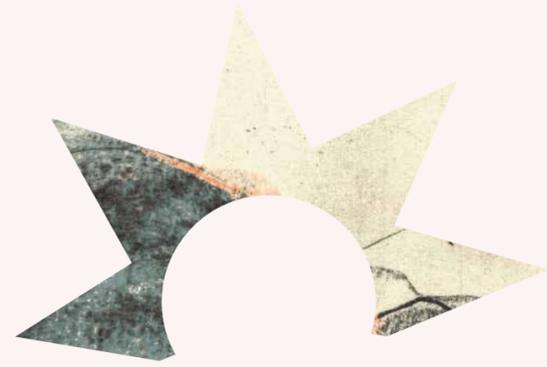


paracos. Fue la primera vez que escuché la palabra paracos. La Policía estaba allá también con ellos.

A mí me tocó ponerme ese día un vestido de baño de dos piezas para hacer un baile. El más viejo de ellos me cogió afuera y me hizo subir a una camioneta y me dijo que le ayudara para que los jóvenes trabajaran con ellos. Les ofrecían ochocientos mil pesos para que trabajaran con los paracos. A mí me llevaron a Codeco, un balneario. El tipo me amenazó: si yo no me acostaba con él ni nada, él dejaba que los otros tipos me hicieran lo que quisieran. Tuve que ceder. ¡Me obligó a hacer lo que nunca había hecho! Era un comandante. Me dijo: «Yo sé que tú tienes un bebé, cómo te llamas, que vives en Tuluá». Lo sabía todo de mí.

Al mes no me llegó la menstruación. Igual yo esperé un tiempo, pero después de muchas semanas fui a donde un amigo que tenía una farmacia. Le dije: «¡Mirá que no me llega la menstruación! ¿Por qué no me mandás algo?». El tipo me inyectó. A las dos de la mañana me agarraron unos dolores, una cosa impresionante. Resulta que me sale un bebecito y a las cinco de la mañana sale otro bebecito, eran unos gemelos que iba a tener. Mi mamá se asomó al cuarto y me dijo: «¡Si vos has hecho algo yo te hago meter presal!».

Desde ese momento renuncié al club juvenil y me retiré.



## CALI, VALLE DEL CAUCA

**Siempre fui muy buena estudiante**, me ganaba todos los años la medalla de la excelencia en la escuela Fray José Ignacio Ortiz, del barrio Nueva Floresta, aquí en Cali, donde está mi ombligo enterrado. Tuve una niñez muy dura, nosotros sobrevivimos en una casa productiva agrícola de pancoger. Había matas de plátano, de banano, de guineo, de mango. Y cocinábamos en fogón de leña. Mi abuela nos enseñó. Nos levantaba a las cuatro de la mañana, nos enseñó a tostar el café y el chocolate. Tuvimos toda la vida una muñeca que nos regaló una señora rica, para la que mi madre trabajaba; cada ocho días nos la dejaban cargar y jugar con ella. Volvía mi abuela, la limpiaba, la echaba en una chuspa y la colgaba, y la muñeca permanecía ahí colgada porque nosotros hacíamos más deberes que jugar.

Vivíamos del trabajo de mi abuelita en casas de familia, donde nunca la valoraron a pesar de que toda la vida crio hijos ajenos. Ella era partera y su trabajo de partería lo hacía en la casa. Quería estudiar bachillerato, pero conocí a mi papá y me dijo que no, que a las hijas no les daba estudio porque las mujeres solo servían para parir hijos y para coser. Desde ese momento me volví una mujer muy rebelde.

Yo he ido al barrio y me he parado ahí a observar, porque me acordaba de la maestra Ruth, de la maestra Cecilia, que me daban tanta regla. Hoy entiendo que me daban mucha regla porque eran racistas. Hoy entiendo eso, fui comprendiendo. Entré a estudiar gracias a unas personas. Yo no sabía qué hacían ellos, pero después entendí que eran del M-19, unos profesores de la Universidad del Valle. Entonces me metí a los consejos estudiantiles. Ellos no eran malos conmigo, eran muy buenos.

Me acuerdo que una vez fui a un grupo de danza, me llevaron, y ese grupo era La Voz, todos del Partido Comunista. Me dijeron: «Usted, si quiere seguir bailando, tiene que leer a Marx». Y yo les dije: «¿Y por qué tengo que leerlo?».

«Pues, para que usted se vaya formando». Y yo respondí: «A mí la vida me va a formar». Me negué a leer a Marx, me acuerdo tanto que me regalaron un libro de Marx para principiantes, todavía lo cargo, pero nunca lo he leído, nunca lo quise leer porque mi formación no tiene que ser a través de un libro de Marx.

Tiempo después alguien me regaló otro libro, un hombre que era un excombatiente de las Farc, me regaló un libro de Nelson Mandela. Lo leí y me llamó la atención todo el tema de la vida de Mandela y de las luchas sociales, me identifiqué mucho con él. Luego otro me regaló un libro de Camilo Torres, también lo leí.

Fui a los campamentos del M-19 en el barrio La Paz, cuando recién se estaba comenzado a tejer un poco lo del M-19 en Cali. Atrás del control de buses verdes plateados quedaba el campamento. Cuando ellos se robaban los camiones de leche, de pollo, de zapatos, nos los regalaban a nosotros, que éramos los primeros que íbamos.

La primera vez que vi a una mujer empalada fue en Jamundí, yo iba mucho porque tengo familiares allá. Le habían metido un palo desde la vagina y se lo habían sacado por la tráquea. A mucha gente que mataban la echaban a una volqueta afuera de la Alcaldía; ahí llenaban la volqueta, cuando no cabían más muertos, la llevaban al anfiteatro de Cali. Los muertos nunca parecían que fueran de Jamundí, sino de Cali. Vi muchas mujeres empaladas, muchas mujeres muy bonitas, mujeres sardinas, no pasaban de los veinte años, estaban entre los catorce y los dieciocho. Un día pregunté por qué habían asesinado a esas mujeres, por qué las asesinaban, y alguien me dijo: «Mira, negra, lo que pasa es que ellas pringaron a un patrón, y ese patrón las mandó a matar».

Había una niña negra hermosa. No tenía muchos senos, pero un día la veo con semejantes bolotas de senos, y yo dije: «Bueno, ¿y a esta niñita qué le pasó?». Un narcotraficante le había mandado a poner los senos y a respingar la nariz. Y esas fueron las primeras cirugías que comenzaron a deambular en Jamundí, entre los años 1995 y 2000. Ellos mandaban a operar a las niñas, y hasta las marcaban

con el nombre del que la había mandado a operar, les ponían las iniciales ahí en la nalga. Y así había muchas niñas con iniciales en las nalgas, y muchas de esas niñas fueron asesinadas. Hubo un centenar de niñas de Jamundí que los narcotraficantes asesinaron.

# DINÁMICAS URBANAS

LA FUERZA DE ESTA VOZ



## CÚCUTA, NORTE DE SANTANDER

El primer recuerdo que tengo del conflicto armado es de 1999, cuando había presencia del paramilitarismo en el Oriente antioqueño. Fue un 29 de diciembre. Salíamos del campo en un bus de escalera, todo el mundo llevaba sus cultivos al pueblo para vender. Como a las ocho de la noche, más o menos, nos encontramos a una escuadra del batallón Cobra. Ellos nos dejaron pasar después de pedirnos las cédulas, pero como a las dos o tres de la tarde del otro día, cuando regresábamos, en el mismo sitio estaba la misma escuadra, pero ya no decía batallón Cobra, decía AUC. Ya no nos pidieron la cédula, sino que llamaron fue por caras, había hombres y mujeres, armados todos, y encaraban a la gente: «Usted se baja, usted se baja». Uno solo mató a seis personas. Le dieron orden al conductor de que siguiera, pero ese carro quedó lleno de puros paramilitares, mujeres y hombres. Y se prendió una balacera porque en el carro como que iban unos elenos. Nos arrojamos al río y yo vine a salir al casco urbano de San Carlos como a las siete de la noche.

El pueblo era muy complicado porque había soldados, policías y unos hombres que vestían uniformes parecidos a los que usan los guardianes de la cárcel. Todos armados. Un pueblo completamente militarizado. Después de lo que nos





pasó en el bus escalera, nos desplazamos como seiscientos personas. Nos ubicaron en el coliseo y a los veinte días las Farc se metieron al pueblo y acabaron con el comando de Policía, la Caja Agraria, la Federación de Cafeteros, volaron como tres cuadras a la redonda. Nos desplazaron de nuevo: las alcaldías nos montaron en unos buses y terminamos en Medellín, donde todo fue muy horrible porque imagínese uno sin dinero, la ciudad es extraña para el campesino, uno no se adapta a esa vida. Fuimos acogidos por la Red de Solidaridad Social y nos prestaron un albergue en un barrio que se llama Buenos Aires, allí nos pusimos a estudiar porque el Sena nos dio capacitaciones. Presentamos un proyecto para treinta cabezas de hogar, todos desplazados y víctimas que estábamos estudiando, y se llamó la colchonería Mano de Dios, pero cometimos un error: escogimos un representante legal que nos resultó paraco. Me salí y busqué otros proyectos, pero solo, por mi cuenta. No me fue tan bien, hice uno de comidas rápidas y me entregaron cuatro bultos de cemento, cuatro tejas de zinc y tres pollos, mejor dicho, nada de lo que yo necesitaba. Entonces me sacaron del registro de víctimas. Debido a esos desencuentros nos tomamos unas tierras e hicimos un asentamiento en el barrio Enciso El Pinal, en Manrique La Cruz. Allí llegaron familias de todo el país, ese barrio creció en cuestión de dos años.

Muy cerca de nosotros teníamos un batallón al que le llamaban Batallón de San Blas. Se decía que eran ellos quienes en las noches desaparecían una, dos, tres familias. No sabíamos hacia dónde iban y nunca supimos a dónde llegaron, hasta que nos enteramos de las desapariciones forzadas. La situación era complicada en el barrio y me acuerdo que varios compañeros con los que trabajábamos derechos humanos me dijeron que me fuera, pero yo no quise. Un día después de una reunión, yo me quise afeitar, porque me mantenía muy barbado. Recuerdo que esa tarde me mandaron a llamar, dizque alguien necesitaba hablar conmigo. Iba bajando y me encontré a tres jóvenes, uno de ellos enmascarado; me dio mucho susto, prendí un cigarrillo y uno de ellos se me acercó: «Regáleme candela, por



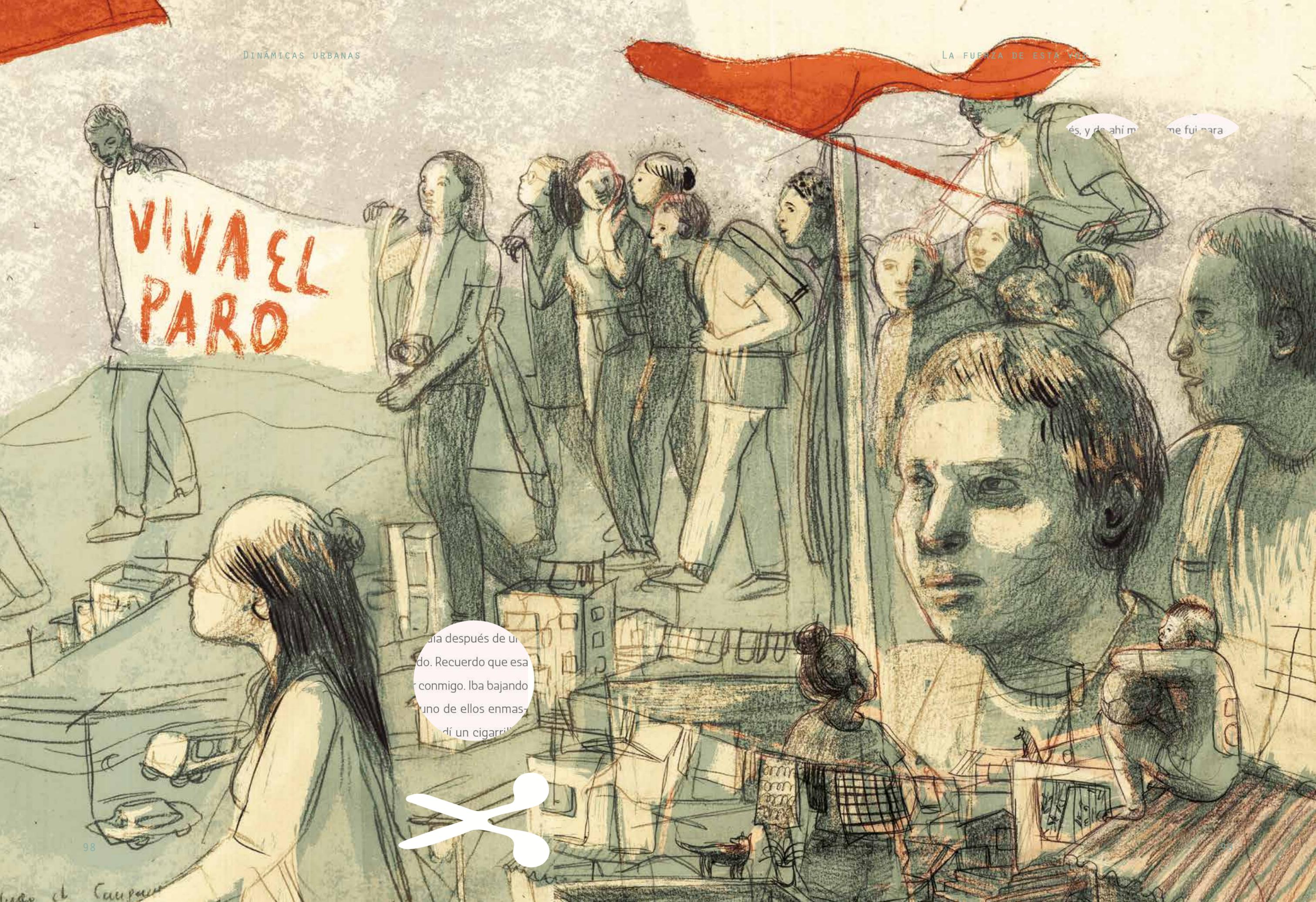
favor... ¿Usted no conoce por aquí al barbado?». «No, señor, yo por aquí soy nuevo». Ellos se fueron, yo me salí para el patio y un amigo me dijo: «Negro, ábrase que lo van a matar». Me tiré por una quebrada. Por esa época, estaba sucediendo la Operación Orión, era una persecución muy brava. Yo me quedé en un hogar de paso varias noches y al final terminé con mi familia en Ciudad Bolívar, en Bogotá. Dos años después me di cuenta de que yo seguía en riesgo y me fui para Isla Margarita, en Venezuela, pero me deportaron hace como tres años. Me quedé en Cúcuta trabajando en construcción.

Siempre he sentido mucha persecución. Aquí en Cúcuta vi que cuando protestábamos por las malas condiciones laborales nos tomaban fotos, por ejemplo. Las víctimas estamos muy expuestas y lo primero que necesitamos es que nos devuelvan los derechos, que tengamos acceso a estudio, a vivienda. Un problema es que cuando nos organizamos siempre nos sacan provecho, porque las víctimas muchas veces no tenemos dónde vivir y vamos de casa en casa; también gastamos tiempos poniendo denuncias o yendo por subsidios. Las víctimas sí pueden hacer grandes proyectos colaborativos, pero necesitamos condiciones, todos anhelamos por fin vivir tranquilos.

## SAN JOSÉ, COSTA RICA



Soy una mujer trans, tengo cuarenta y siete años. Nací en Medellín. Soy estilista desde 1992. En 1994, nosotros en el barrio Aranjuez empezamos a lidiar con las milicias urbanas. Todos nos discriminaban, nos trataban



és, y de ahí m me fui para

...a después de un  
do. Recuerdo que esa  
r conmigo. Iba bajando  
uno de ellos enmas-  
dí un cigarrillo





de maricones, maricas feas, maricas putas, maricas vergonzosas, maricas viciosas. Era espantoso. Después desaparecieron y vinieron las Convivir.

En 1995, tuve problemas más grandes de discriminación con un tipo. Lo conocí con el nombre de Andrés; él no era del barrio, algunos decían que era de Belén o de Robledo. Este tipo me gritaba, me tiraba objetos, incluso varias veces me hizo disparos con rifles de copas. Él y su grupo muchas veces llegaban a la peluquería y a nosotras nos tocaba correrles, dejábamos todo lo que estábamos haciendo y a motilarlos. Pero este Andrés seguía con su matoneo y uno de los muchachos que estaba en ese grupo me dijo que me llevaba a Manrique para que conversara con Don Berna, porque me vio harta de ese acoso, yo no aguantaba más y esa era la única solución. Y sí, fui a Manrique y hablé con ese señor Don Berna. Al final, a Andrés le llamaron la atención y dejó de molestarme, incluso lo dejamos de ver, pero el grupo seguía en el barrio y nos tocaba motilarlos. En algún momento, llegaban a la peluquería y nos decían que empacáramos que íbamos para una finca, que lleváramos las tijeras para motilarlos. Pero les voy a decir la verdad: uno llegaba allá y también nos tocaba aguantarnos las burlas, porque nos ponían a modelar y a tener sexo con ellos sin preservativo. Nos tocaban cosas muy feas, muy duras, porque sabíamos que, aunque no quisiéramos, nos tocaba ir y además pagarles impuesto por tener la peluquería.

Imaginate que como en el año 2000, este muchacho Andrés volvió, pero ya no estaba agresivo. Él mantenía en el monte, era de la tropa de los paramilitares. Y empezamos a salir, me daba muchos regalos. Nos llevábamos muy bien. Como en el año 2002, él empezó ya con cositas que a mí no me gustaban mucho, porque llegaba al salón y me decía: «Guárdame tal cosa aquí», «Guárdame tal cosa en tu casa, aquí no». Muchas veces era mercancía, ropa, joyas, discman, pero debajo de todo había cocaína. Yo le exigí que no me involucrara en eso,

porque eso era un delito y yo vivía con mi familia. Después me fui para Bogotá a buscar otra vida e incluso estuve saliendo con un francés, y de ahí me fui para Yarumal, Antioquia, y monté un salón, pero allá había más paramilitares y terminé trabajándoles otra vez.

El caso es que en 2007 yo ya estaba cansada, me habían extorsionado, incluso me tocó meterme en una deuda para pagarles los impuestos a los paramilitares. Yo había hecho toda una vida de trabajo como estilista profesional, las cooperativas me prestaban dinero, tenía mi propio salón con chicas trabajando, pero tanta violencia y acoso me obligó a querer dejarlo todo. Resultó que me ofrecieron trabajar en Costa Rica. Una mujer me ayudó y me dio quinientos dólares para llegar. Decidí irme e hice escala en Panamá, pero ahí todo fue complicado porque no me podía mover mucho y me tocó prostituirme, quinientos dólares no eran mucho. Finalmente, un coyote me pasó a Costa Rica, y allá me recibió la gente de esta mujer y me metieron en una bodega a cuidar un montón de cocaína. «Dios mío, yo en qué me metí », me decía. Fue horrible y me tocó trabajar ahí, yo quería denunciar, pero tenía mucho miedo. Después empecé a ser prostituta de verdad, nos tocaba tener sexo hasta con veinte hombres en fila. Al tiempo conocí a una mujer dueña de la Fundación Rahab, que trabajaba con víctimas de trata de personas. Eso sucedió después de tres años de sufrimientos. Esa mujer me llevó al Organismo de Investigación Judicial (OIJ). Ahí me establecí un poco. A veces pienso en Colombia, me gustaría ir y abrazar a mi familia, pero no más. Mi familia siempre me apoyó, mis padres fueron quienes me alertaron cuando me iban a matar, por ejemplo. Son ellos lo más importante para mí, pero no quiero vivir allá nuevamente. Llevo trece años en Costa Rica y todavía estoy esperando que me concedan el refugio político.

## BOGOTÁ, CUNDINAMARCA

En febrero de 1974, entré a laborar a la empresa Compañía Colombiana de Tabaco (Coltabaco). Cuando ingresé, había una pelea en el seno de la organización sindical, entre un sector que estaba orientado por el Partido Comunista Colombiano y otro sector de trabajadores que venía con una influencia de la Unión Revolucionaria Socialista. Me vinculé a uno de los círculos de estudio de la Unión Revolucionaria Socialista, porque justo en 1974 sucedió el gran paro cívico nacional, que trajo varios años de protestas. A comienzos del setenta y cinco, entré a estudiar a la Universidad Inca, pero la política de represión de la empresa llevó a que me cambiaran de turno: normalmente trabajaba de seis de la mañana a dos y media de la tarde, y por la noche estudiaba. A raíz de mi vinculación con el sindicato, me cambiaron el turno por el de las dos y media de la tarde a las once de la noche. Hasta ahí llegó mi vida universitaria.

Una traba importante que tuvimos fue la de la legalidad de los paros. La gran mayoría de los sindicatos no alcanzan a reunir al cincuenta por ciento de los trabajadores en torno a una huelga, había que alcanzar esa cifra para que tuvieran legalidad. Ese hecho ya ponía en dificultades al movimiento sindical para aprobar una huelga. Cuando el sindicato no tenía la mayoría, la única alternativa que le quedaba en una negociación de pliego de peticiones era solicitar la convocatoria a un tribunal de arbitramento obligatorio. En la década del setenta, esos tribunales eran un pan diario. El asunto es que teníamos condiciones muy malas como trabajadores, no reconocían labores extras y los pagos eran irregulares, pero eso cambió después de las negociaciones y los paros.

En 1979, hicimos una serie de mítines y paros escalonados al interior de Coltabaco para presionar a que en esa negociación que se iba a realizar a finales del año se tuvieran en cuenta a los trabajadores estacionales. Hicimos una serie de paros escalonados, el Ministerio ilegalizó esos paros y autorizó a la empresa por

vía administrativa a despedir a todos los trabajadores y dirigentes que hubieran participado. Y fue así como en ese momento salimos despedidos ocho directivos sindicales y cuatro activistas de base.

Antes, en el paro del setenta y siete, se desató una represión bastante grande; aquí en Bogotá hay unos testimonios que hablan de que hubo aproximadamente treinta muertos. El paro, que era de veinticuatro horas, en Bogotá, prácticamente por la acción de la población y de los trabajadores, fue de cuarenta y ocho horas. Fueron tantas las personas detenidas que tuvieron que habilitar la plaza de toros de Santa María. En buena medida las personas que llevaron a la plaza de toros fueron gente que cogieron después del toque de queda. Los detuvieron allá casi veinticuatro horas.

Efectivamente, en esa época, las sedes sindicales eran allanadas. Estábamos en el gobierno de Julio César Turbay Ayala, que expidió el Estatuto de Seguridad, con el que quería callar la lucha sindical, justo ese gobierno agudizó la represión contra el movimiento sindical: allanamientos, detenciones, torturas. Por ejemplo, a muchos de los detenidos los llevaron a torturarlos a las caballerizas de Usaquén. Allí había dos caballos, uno de ellos llamado Pinocho, que era experto en comerse el cabello de la gente. Entonces metían a un trabajador maniatado a una caballeriza y el caballo le iba arrancando el pelo. Ese tipo de torturas se dieron. Y continuó posteriormente con los asesinatos.

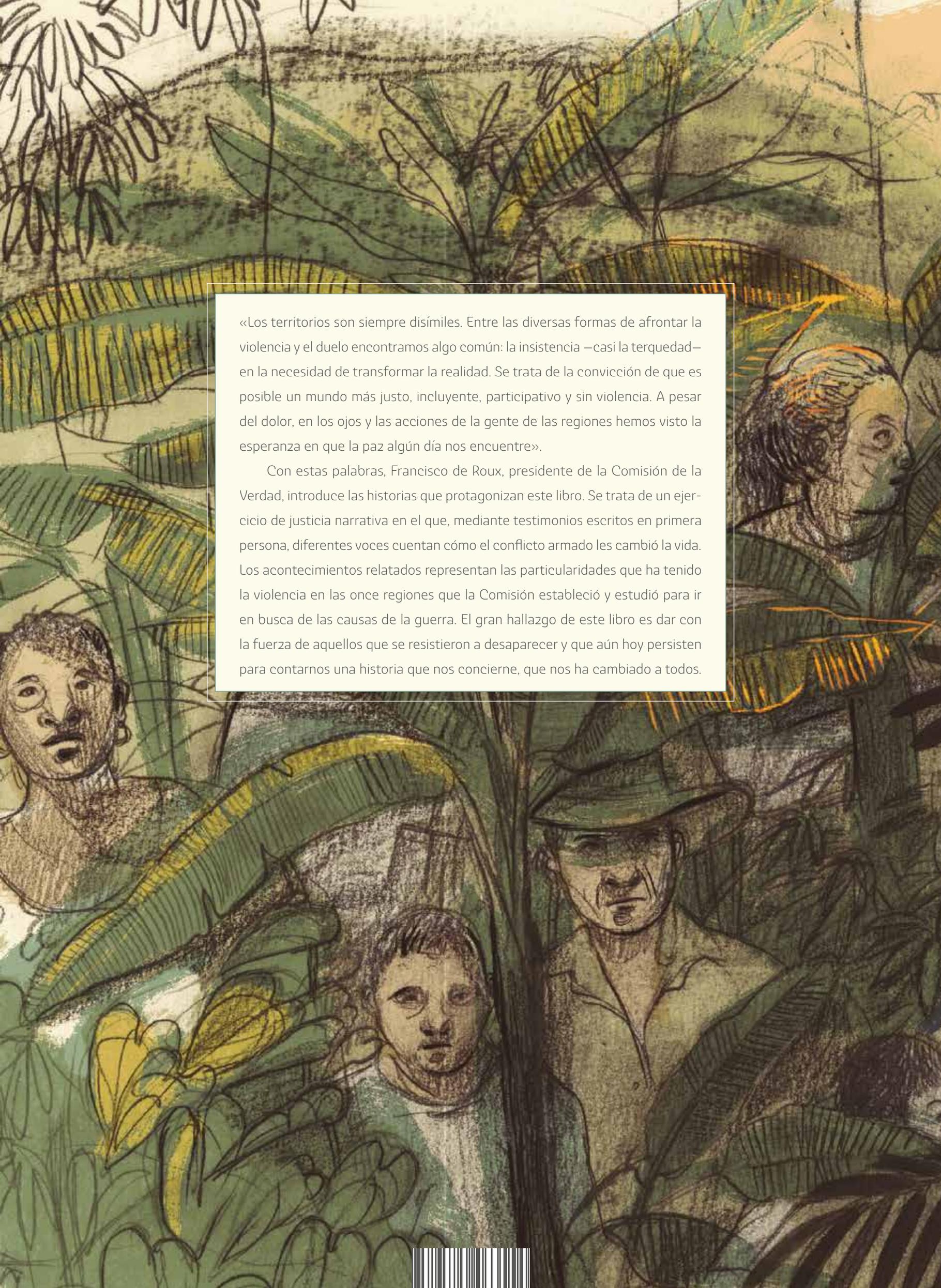
//

Con la caída del Frente Nacional en 1974, el país quiso liberarse de algunas cargas. Esto derivó en una actividad sindical robusta que tuvo su momento más importante en el paro cívico nacional de 1977, recordado como uno de los paros más violentos en la historia del país. La lucha de los trabajadores abrió un capítulo de persecución, sin embargo, el clamor popular se impuso en el fuero sindical, los derechos de los trabajadores y el reconocimiento de las luchas políticas al interior de las empresas.



Con la fuerza de muchas voces y de muchas manos,  
este libro se hizo realidad. Medellín, Colombia.





«Los territorios son siempre disímiles. Entre las diversas formas de afrontar la violencia y el duelo encontramos algo común: la insistencia –casi la terquedad– en la necesidad de transformar la realidad. Se trata de la convicción de que es posible un mundo más justo, incluyente, participativo y sin violencia. A pesar del dolor, en los ojos y las acciones de la gente de las regiones hemos visto la esperanza en que la paz algún día nos encuentre».

Con estas palabras, Francisco de Roux, presidente de la Comisión de la Verdad, introduce las historias que protagonizan este libro. Se trata de un ejercicio de justicia narrativa en el que, mediante testimonios escritos en primera persona, diferentes voces cuentan cómo el conflicto armado les cambió la vida. Los acontecimientos relatados representan las particularidades que ha tenido la violencia en las once regiones que la Comisión estableció y estudió para ir en busca de las causas de la guerra. El gran hallazgo de este libro es dar con la fuerza de aquellos que se resistieron a desaparecer y que aún hoy persisten para contarnos una historia que nos concierne, que nos ha cambiado a todos.

